

LOS MAESTROS COMO ETNÓGRAFOS^{*}

RENÁN SILVA^{**}

RESUMEN

La Encuesta Folclórica Nacional de 1942 –un esfuerzo de los intelectuales liberales en el marco de la política cultural que había diseñado la llamada República Liberal- movilizó como “encuestadores” a los maestros de las escuelas públicas primarias del país, convirtiéndolos por esa vía en improvisados etnógrafos, que dejaron consignadas sus impresiones sobre las comunidades campesinas que habitaban, en un conjunto de monografías que son precisamente las respuestas a los cuestionarios que les envió el Ministerio de Educación Nacional para que recogieran las informaciones básicas que permitirían caracterizar la “cultura popular nacional”. El presente texto –que forma parte de una amplia “saga” que el autor ha venido escribiendo sobre el tema-, se dedica a examinar con todo detalle la forma como los maestros de escuela en todo el territorio nacional cumplieron su tarea.

Palabras Clave

Folclor, Colombia, culturas populares, culturas campesinas, cultura nacional, sociedades campesinas, maestros de escuela, clases subalternas, etnografía, método etnográfico, encuesta, Encuesta Folclórica Nacional, intelectuales, “pueblo”.

INTRODUCCIÓN

El Ministerio de Educación Nacional adelantó en 1942 una Encuesta Folclórica Nacional [en adelante E.F.N.], que fue popularmente conocida como “el levantamiento del folklore nacional”.¹ Se trata de un episodio muy poco mencionado por los historiadores de la sociedad y por los historiadores de las ciencias sociales², pero un episodio que puede ser considerado de importancia –incluso con independencia de sus pobres resultados en cuanto al análisis de la información recopilada-, sobre todo cuando se le encuadra en el contexto internacional del *revival folclórico* que sacudió las sociedades europeas de la primera mitad del siglo XX y en el contexto nacional del auge nacionalista que acompañó a la República

^{*} El presente texto corresponde al capítulo III –de la Parte Primera- del Informe de Investigación del Proyecto “Las culturas populares en Colombia durante la primera mitad del siglo XX –Fase II-, que recibió apoyo financiero de COLCIENCIAS y apoyo financiero y académico de la Universidad del Valle.

^{**} Profesor del Departamento de Ciencias Sociales e investigador del Centro de Investigaciones y Documentación Socioeconómica CIDSE de la Universidad del Valle.

¹ Sobre la Encuesta Folclórica Nacional de 1942 [en adelante, en los pies de página EFN] cf. R. Silva, “Reflexiones sobre la cultura popular”, en *República Liberal, intelectuales y cultura popular*. Medellín, Editorial La Carreta, 2005.

² Cf. por ejemplo J. Arocha y N. S. de Friedemann, editores, *Un siglo de investigación social en Colombia*. Bogotá, Etno, 1984, un libro rico en informaciones. Algunos de sus artículos rozan aspectos centrales de la EFN de 1942, aunque no se hace referencia directa a los puntos que nosotros desarrollamos.

Liberal y que tuvo como uno de sus ejes centrales la “búsqueda del alma nacional” y la determinación de los elementos autóctonos que caracterizaban al “hombre colombiano”.³

Más interesante aun resulta volver sobre el proyecto de E.F.N. y sobre su realización, si se recuerda que su preparación y los meses de “trabajo de campo” coincidieron, en términos cronológicos, con el arranque de la moderna investigación antropológica nacional. La creación de Instituto Etnológico Nacional, la estadía de Paul Rivet en Colombia, el surgimiento de trabajos etnográficos que siguen siendo fuentes valiosas de conocimiento sobre sociedades indígenas y campesinas, y la presencia de investigadores de terreno con muy buena formación entre los primeros graduados del Instituto Etnológico, son señales más o menos seguras de la cristalización de una forma nueva de producir conocimientos, en un campo que desde principios del siglo XX venía conociendo transformaciones mayores en Inglaterra y en Estados Unidos y que a partir de 1930 va a conocer un relativo desarrollo en el país.⁴

Por lo demás viejos folcloristas y nuevos antropólogos coincidieron durante largos años en las mismas publicaciones y algunos de los discípulos del Instituto Etnológico Nacional intentaron, por lo menos en ocasiones, dotar a la investigación folclórica de un estatuto nuevo, a partir de su vinculación a formas de producción de conocimiento que dependían ya de la antropología y no de los inventarios habituales de los “recolectores de coplas y refranes”, aunque las relaciones entre antropólogos en formación y folcloristas (despojados de su objeto tradicional) debieron ser difíciles, y aunque muy pronto, en un proceso accidentado, no muy bien conocido, los campos se hubieran formalmente separado.⁵

³ Cf. por ejemplo, entre muchos ejemplos, Andrés Pardo Tovar, “El folk-lore colombiano”, en *Micro* –una revista de Medellín que fue gran impulsora de la actividad folclórica-, No 52, julio 1943, en donde leemos: “... una época de inquietudes de honda raigambre nacionalista...”, una época de “preocupación por el alma colectiva del pueblo colombiano”, pp. 18-19. Igualmente *Sábado*, 21-viii-1943, p. 11, en donde en un artículo titulado “El folklore colombiano”, que recuerda la muerte, un año atrás, del músico Emilio Murillo, se describe el folclor como “un sentimiento natural, sencillo, que nace del alma popular”, agregando a continuación: “El folklore, cualquiera que sea su patria, es la voz del pueblo, trasunto fiel de su personalidad; no existe manifestación más espontánea, generosa y honrada”; y en un tono aun más conservador, cf. *La Razón*, 23-viii-1938, p. 5, en donde hablando de una celebración regional se escribe: “La fiesta del maíz en Sonsón [Antioquia]... celebrada por primera vez... revistió el carácter de la más típica representación racial. Se inicia de este modo el culto restaurador de las costumbres primigenias, lo cual puede originar una forma no sospechada de cultura vernácula. Un pueblo que resucita su pasado en forma de culto...será siempre un pueblo magnífico”.

⁴ Cf. por ejemplo Adam Kuper, *Antropología y antropólogos. La escuela británica, 1922-1972* [1973]. Barcelona, Anagrama, 1978 y J. S. Kahn, compilador, *El concepto de cultura. Textos fundamentales* [1974]. Barcelona, Anagrama, 1975. Para Colombia cf. Carl Langebaek, *Arqueología colombiana. Ciencia, pasado y exclusión*. Bogotá, COLCIENCIAS, 2003.

⁵ Para los años iniciales de convivencia pacífica Cf. por ejemplo *Revista de Folklore* –Órgano de la Comisión Nacional de Folklore-. No 1, 1947, en particular “Folklore y lenguaje”, de Luis Flórez, pp. 5-9, con una bibliografía muy moderna, y “Folklore y etnología”, de Roberto Pineda, pp. 11-19, en donde se intenta reformular el objeto mismo de la investigación folclórica, distinguiendo entre “folcloristas” y “folklorólogos”, acercar el estudio del folclor a las modernas ciencias sociales y extender su objeto al estudio de las clases subalternas de las sociedades urbanas (aunque Pineda no deja de utilizar expresiones como “el alma indígena”).

Con independencia de cualquier juicio sobre el fenómeno de conjunto y sobre el proyecto mismo de “descubrir el alma del hombre colombiano”, juicio que ya hemos propuesto en otro lugar⁶, aquí nos ocuparemos sencillamente de describir las formas concretas como se “aplicó” el cuestionario que constituía la base de la encuesta, una tarea que fue encomendada a los maestros de las escuelas públicas primarias urbanas y rurales del país.

No se trata desde luego de proponer una especie de juicio descalificador sobre el trabajo que adelantaron los maestros que fueron los encargados del “levantamiento del folklore nacional”, desde el punto de vista de los cánones de la disciplina etnográfica tal como se practica hoy en día, e incluso tal como se practicaba desde principios de siglo, luego del “desembarco” de Bronislaw Malinowski en esta forma de experiencia singular que modificó nuestra concepción de las relaciones entre el “objeto” y el “sujeto” de conocimiento, para mantenernos en el campo de un lenguaje que hoy parece resultar un poco tradicional.⁷

Por lo tanto no se trata de una exposición colocada bajo el signo del *deber ser*, a la manera de las recomendaciones ofrecidas de manera repetida a los maestros-etnógrafos para el adelanto de la hoy extendida y popular “etnografía de la escuela”, un dominio de saber que ha llegado a tomar casi la forma de una disciplina independiente, por el número de los trabajos que se inscriben en esa rúbrica y por la normalización de algunos procedimientos que se consideran distintivos del trabajo etnográfico cuando se aplican a la escuela, una pretensión en la que de todas maneras parece haber mucho de ilusión desmedida.⁸

Por lo demás debe recordarse que la E.F.N. de 1942 -siguiendo una tradición etnográfica muy bien fundada en la obra enciclopédica de Arnold Van Gennep⁹- funcionó mediante una perfecta e indiscutida división del trabajo, por medio de la cual los maestros de escuela eran solamente los agentes a los que se ordenaba –en teoría bajo instrucciones precisas previamente conocidas- la recolección de un “material folclórico”, a través de la formación de especies de monografías (“cuadernos”) de su localidad, por medio de la aplicación de un cuestionario en donde se mezclaba sin mayor diferenciación el conocimiento espontáneo del maestro con lo observado de manera dirigida y lo recogido mediante testimonios obtenidos con la ayuda de entrevistas. Las tareas de análisis –en realidad de reorganización y clasificación- quedaban en manos de “intelectuales superiores”, casi siempre establecidos en Bogotá, considerados como expertos en el análisis del folclor.

Este esquema de trabajo –que es la reproducción de la forma misma de división del trabajo capitalista entre el trabajo que manda y el trabajo que ejecuta, entre el trabajo que organiza, planifica y “piensa” y el trabajo que debe contentarse con obedecer y ejecutar-,

⁶ Cf. R. Silva, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, op.cit.

⁷ Cf. Bronislaw Malinowski [1921], *Los argonautas del Pacífico*. Barcelona, Península, 2001.

⁸ Cf. por ejemplo H. Velasco, F. J. García y A. Díaz, editores, *Lecturas de antropología para educadores. El ámbito de la antropología de la educación y de la etnografía escolar*. Madrid, Editorial Trotta, 1993.

⁹ Arnold Van Gennep, *Manuel du folklore français contemporain*. Paris, Picard, 1937-1957.

constituye una tradición de la investigación folclórica (y de cierta investigación en las ciencias sociales contemporáneas), y siempre ha permanecido como un procedimiento indiscutido, lo que constituye una cierta paradoja, si se tiene en cuenta que las investigaciones folclóricas declaran como su objeto el propio saber y tradiciones populares, dos objetos de los cuales se hace un exagerado y abstracto elogio, aunque al final los “depositarios” de tal saber y los que a él tienen acceso –los “informantes”- nada tengan que ver con su elaboración sabia, objeto monopólico de los “profesionales” del saber folclórico.¹⁰

El hecho es que, de manera práctica, los maestros recolectores terminaron actuando como *etnógrafos* de sus propias comunidades –al igual que muchos de los indígenas que trabajaron con la Expedición Botánica en el siglo XVIII fueron de manera práctica botánicos y pintores-, y en buena medida los resultados de la E.F.N. -condicionados de antemano por el cuestionario ofrecido y por los objetivos propuestos-, estuvieron determinados por la manera como actuaron los “trabajadores de campo” improvisados por el Ministerio de Educación Nacional.

LOS MAESTROS Y EL CUESTIONARIO DE 1942

El envío de cuestionarios constituidos por grupos de preguntas previamente preparadas, con el fin de recoger una serie de informaciones sobre tópicos que luego serían objeto de análisis, no era una práctica muy conocida en Colombia en su pasado reciente, a pesar de que en muchas empresas intelectuales se utilizó el recurso de recoger informaciones a partir de corresponsales localizados en provincia. Lo hizo José Celestino Mutis en la Expedición Botánica y lo hicieron sus discípulos más aventajados, como Francisco José de Caldas y Jorge Tadeo Lozano, y la experiencia volvió a repetirse en varias ocasiones en el siglo XIX, sobre todo entre los investigadores de la lengua –como Rufino José Cuervo-. Pero se trató siempre de *redes informales*, de informaciones obtenidas a través de redes de corresponsales que eran ante todo amigos y compañeros en las faenas de cultura, y las preguntas no obedecían a un cuestionario normalizado para ser “aplicado” por todo un conjunto de informantes, si no que más bien se trataba de cuestiones puntuales que se querían resolver a través del diálogo epistolar con un colega. Es posible sin embargo que los geógrafos de la segunda mitad del siglo XIX lo hubieran hecho de una forma más sistemática y cercana a lo que sería de manera estricta la aplicación de un cuestionario. Por lo menos así lo menciona Marcelino de Castellví, el gran promotor de las encuestas folclóricas en Colombia en las primeras décadas del siglo XX, refiriéndose a la geografía de Vergara y Velasco, de la que dice, que entre otras fuentes, se apoyaba en más de tres mil cuestionarios que distribuyó por todo el país, hecho que no hemos podido comprobar.¹¹

¹⁰ Para la presentación del “saber popular” como el equivalente mismo de la verdad –que es además pura y sencilla- Cf. por ejemplo, Diego Castrillón Arboleda, “La verdad es lo popular”, en *Revista de Folklore*. No 1, 1947, pp. 79-87, un texto *programático –simple como el folclor-* de quien había sido por años recolector de “materiales folclóricos” en la región caucana.

¹¹ Cf. Marcelino de Castellví, “Las ciencias antropológicas nacionales”, en *Boletín de Estudios Históricos*. Vol. VII. No 38. Pasto, 1935, p. 357. No hemos podido consultar la edición original de la obra de Vergara y Velasco, aparecida en 1901. Hemos consultado la reedición de 1974 – Francisco Javier Vergara y Velasco, *Nueva Geografía de Colombia, escrita por regiones naturales*. Bogotá, Banco de la República, 1974-, que

En el caso de la E.F.N. de 1942 la novedad parece estar tanto en el envío de cuestionarios, como en la decisión de acudir a los maestros como los encargados de recoger la información –al mismo tiempo que de ofrecer “testimonio” de su propio saber folclórico– y desde luego en el objeto mismo del cuestionario: “el levantamiento del folklore nacional”.

En cuanto a la selección de los maestros como recolectores de la información, en principio habría que decir que se trataba de una decisión obvia, producto de varias circunstancias fáciles de explicar. En primer lugar lo que tiene que ver con el *canon folclórico*, pues, como se sabe, la investigación folclórica en distintos países en muchas ocasiones se apoyó en los maestros de escuela, por cuanto se trataba del intelectual local por excelencia, de la persona que tenía una relación más directa con la escritura, y al mismo tiempo una relación intensa con las comunidades.

Sin embargo, no hay que olvidar que en sus investigaciones los folcloristas también hicieron uso de otros tipos de informantes, siempre dentro del mundo de los letrados, o en el campo mismo de los aficionados al folclor con alguna formación mínima que les facilitara la recolección de materiales sobre el “saber y costumbres populares”. Por eso fueron informantes y recolectores de folclor tanto los curas, personajes centrales de la vida popular en las aldeas, como los médicos rurales, que las recorrían y tenían informaciones de primera mano sobre prácticas de salud y creencias sobre el cuerpo –dos objetos por los que la investigación folclórica se interesó, cuando salió del simple universo de los “romances y leyendas populares”, que al principio fueron su objeto central de interés–, y toda clase de abogados, notarios y aficionados al derecho, que mantenían también una relación constante con las comunidades y expresaban preocupaciones intelectuales y morales por la “cultura del pueblo”.¹²

De otro lado, buena parte de las investigaciones sobre las “costumbres y usos populares” se apoyaron en las redes de informantes locales, que las sociedades sabias de folclor iban extendiendo por las regiones que consideraban como de máximo interés para la búsqueda de las costumbres y usos que supervivían, luego de los iniciales avances de las sociedades industriales.¹³

tiene una Presentación de Eduardo Acevedo Latorre (pp. V-XII), pero no hemos encontrado informaciones que apoyen la aseveración de Castellví.

¹² Se pueden mencionar al respecto las observaciones del investigador de la vida popular, don Luis Hoyos de Sainz, a quien citan en Colombia los “amigos del folclor”, y quien en 1922, en sus trabajos de revisión de la encuesta española de 1901, menciona como recolectores a notarios, abogados, escritores, médicos, costumbristas regionales y aficionados a la historia, además de los maestros. Cf. *Costumbres populares en los tres hechos más característicos de la vida: Nacimiento, matrimonio y muerte (1901-1902)*. Edición crítica de la información promovida por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid... Tomo I. Volumen 1. Madrid, Museo del Pueblo Español, 1990, p. V.

¹³ Cf. entre otras referencias, Anne- Marie Thiesse, *La creation des identités nationales. Europe XVIII-XX siècle*. Paris, Seuil, 1999, p. 165 y ss., quien señala que el estudio de la cultura popular se inscribe en Europa de manera dominante a partir del siglo XVIII en una nueva forma de sociabilidad nacida en la época burguesa: las asociaciones de aficionados unidos por un interés común, que hacen uso de su tiempo y encuentran placer en la recolección de “antigüedades”, según un modelo de relación creado sobre todo en Inglaterra y Alemania.

En el caso colombiano hay razones precisas que indican cuáles condiciones llevaron a los organizadores de la E.F.N. a echar mano de los maestros para la “aplicación” del cuestionario “folklórico” en 1942. De una parte la ausencia de verdaderas asociaciones de eruditos organizados que tuvieran interés por el folclor, y por lo tanto la ausencia de redes locales que permitieran adelantar la tarea. Como se sabe, en el siglo XIX hubo en Colombia diversas iniciativas de recolección de material folclórico –coplas y “decires”-, como se observa en partes de la correspondencia de Rufino José Cuervo y en varias menciones de Rafael Pombo, por fuera de intentos conocidos y publicados, como los de Jorge Isaacs. Pero en ningún caso se trató de esfuerzos que se apoyaran de manera sistemática en una forma de sociabilidad especial como son las *sociedades de folklore*, organizadas sobre la base de correspondientes en las provincias, del trabajo de recolección coordinado y dividido y de la comunicación epistolar.

El primer intento sistemático en esta dirección parece haber sido el del Padre capuchino Marcelino de Castellví, quien a partir de su centro de investigaciones en Sibundoy logró crear una red de informantes que se extendía a Nariño y el Cauca, de manera principal, pero que tuvo pequeñas derivaciones en Bogotá y en Medellín. La “red” inmediata de Castellví –los curas que trabajaban con él en Sibundoy en el seminario de misiones- y sus “asociados” en otras partes del país, lograron realizar trabajos importantes, sobre todo en el campo de las lenguas indígenas, aunque mucho menos en lo que tiene que ver con las sociedades campesinas, y sus trabajos dieron lugar a un grupo importante de publicaciones, regularmente editadas en la ciudad de Pasto, en donde se imprimía la revista del Centro de Investigaciones fundado por Castellví. Pero el padre capuchino, muerto muy joven, no logró nunca de manera práctica poner a andar lo que creía haber fundado en compañía del lingüista José Joaquín Casas, la *Sociedad Colombiana de Folklore*, que en 1938 habían declarado oficialmente creada en Bogotá, en el marco de las celebraciones del IV centenario de la ciudad.¹⁴

La ausencia de asociaciones formales de investigadores del folclor se combinó con el hecho notable de que el proyecto fuera impulsado por el Estado –en Colombia se puede hablar, al igual que en Francia y por diferencia con Inglaterra, de un “folclorismo de Estado”-, lo que significó dejar de lado en gran medida a los párrocos, ya que el proyecto era por principio un proyecto secular y republicano, que muy poco acudió a la colaboración de los párrocos y de la Iglesia Católica –a ésta última nunca se menciona en la documentación que promovía o comentaba las tareas de la E.F.N.-. Por lo demás, como se sabe, la jerarquía de la Iglesia no mostró simpatía por los proyectos de los liberales sobre la cultura y muchos párrocos fueron enemigos declarados en sus localidades de la reforma escolar, de la promoción del cine, las bibliotecas y las escuelas ambulantes, a lo que se sumaba su cercanía tradicional con las orientaciones del partido conservador, que entretanto denunciaba en el parlamento los peligros del proyecto cultural del liberalismo para la

¹⁴ Sin embargo el trabajo de Marcelino de Castellví, desde muchos puntos de vista, está por descubrir. Si bien la *Sociedad Colombiana de Folklore* fue más un deseo que un proyecto, el padre capuchino encontró colaboradores para los trabajos de recolección en Pasto –sobre todo alumnas de la escuela Normal y eruditos de la Academia de Historia de Nariño-, en Popayán –en donde se debatía de manera intensa el “problema indígena”-, y en Medellín, Bogotá y Tunja, sobre todo entre clérigos o gentes ligadas a instituciones confesionales como las universidades pontificias, pero no menos encontró algunos discípulos y colaboradores en la Escuela Normal Superior de Bogotá –en donde encontró el apoyo de su rector, José Francisco Socarrás.

propia identidad histórica del país. Desde luego que el proyecto educativo liberal era mucho menos que eso –poco tenía que ver con una “revolución social planeada”- y el rechazo conservador provenía más de la incompreensión de las reformas propuestas, que de su contenido mismo. Médicos, abogados y juristas, por su parte, eran personajes culturalmente muy diferenciados de los habitantes más corrientes de las sociedades rurales, que eran aquellas sobre las cuales de manera principal colocaba su acento la E.F.N. de 1942.

Pero sobre todo, en la selección de los docentes como informantes y como recolectores de información debió pesar el criterio, ya mencionado de su cercanía con las comunidades rurales y el interés educativo –“civilizador”- presente en las preocupaciones folclóricas de los liberales y en general en el proyecto liberal sobre la cultura popular. A esto se agrega, de manera determinante, un problema relacionado con la propia conformación del Estado nacional: en cierta manera los maestros eran uno de los pocos agentes a través de los que el Estado hacía sentir su presencia en las regiones y localidades, y por medio de los cuales se intentaba imponer o reforzar una “simbólica” inexistente en muchas partes del país –como en el ejemplo de la celebración de ese conjunto amplio de fiestas nacionales civiles que impulsó el liberalismo: el día de la juventud, el día del ahorro, el día del libro, el propio Primero de Mayo, etc.-. Se trataba además de un “grupo cultural” que había relativamente crecido desde 1930, que había mejorado sus condiciones culturales desde los años 1920 y que mantenía, en buena medida, una relación de alianza estratégica con los gobiernos liberales, que habían impulsado no solo mejoras materiales y salariales dentro del magisterio, sino que habían animado a los maestros a su propia organización sindical.¹⁵

Así pues, de una manera que parece resultar contradictoria con algunos de los propios postulados de la investigación folclórica tradicional, el maestro fue convertido por la E.F.N. en el recolector de las informaciones que constituyen su contenido básico, al tiempo que se le pedía que su propio conocimiento –que era conocimiento de un *hombre letrado*- fuera considerado como una parte sustancial de lo que debía informar, lo que era toda una innovación, pues si las encuestas folclóricas corrientes lo hacían recolector de informaciones, era inusual convertirlo a él mismo en informante.¹⁶

El otro aspecto novedoso de las investigaciones sobre la cultura popular realizadas en 1942 –“el levantamiento del folklore nacional”- tiene que ver con su *propio objeto*. Desde los primeros años de 1930 los gobiernos liberales habían desarrollado un amplio programa de *difusión cultural* –bibliotecas aldeanas, cinematografía, conciertos populares, escuelas ambulantes de alfabetización, conferencias públicas de los más importantes intelectuales del país, etc.-, pero es solo a finales de esa década y ante todo a principios de

¹⁵ Cf. sobre estos aspectos R. Silva, *Los maestros y la República Liberal*. Cali, Universidad del Valle – CIDSE-, 2005.

¹⁶ Una crítica precisa de las ilusiones de los folcloristas respecto de las posibilidades y aptitudes de los maestros de escuela de sociedades rurales como “recolectores” de material etnográfico se encuentra en Jeanne Favret-Saada, *Les mots, la mort, les sorts*. Paris, Gallimard, 1977, Anexo II: “Le métier d’ignorant”. La autora señala con muy buen juicio antropológico las dificultades que enfrenta el maestro (crítico de lo “irracional” y de los “prejuicios”) para comprender las realidades que busca: la brujería, las “supersticiones”, las curas mágicas, etc.; y discute el postulado, aceptado como obvio, de la inserción integral de los maestros en los medios locales, lo mismo que su pretendido acceso a los dominios secretos de la comunidad.

los años 1940, cuando se da el paso de la difusión cultural al interés por el *conocimiento de las propias culturas definidas como populares*.¹⁷

¿Qué definición se hacía de tales culturas populares y cómo se planteaba el problema del significado y utilidad de tal tipo de investigaciones definidas como “folclóricas”?, es algo que podemos empezar a considerar examinando el cuestionario aplicado en 1942, a pesar de las dificultades de la empresa, por la escasa información que sobre ese punto se encuentra, cuando se quiere observar no solo el cuestionario, sino las condiciones de su preparación y el discurso con el que se le rodeó.¹⁸

LA ANATOMÍA DEL CUESTIONARIO DE 1942

No conocemos de manera directa el cuestionario que usaron en el “levantamiento del folklore nacional” los maestros. Sabemos que existió y que tuvo la forma de un cuadernillo, en cuyas portadas se podía ver un mapa de Colombia y una propaganda de *Cafiaspirina*, un analgésico muy popular en ese entonces, y que tal vez fue una firma comercial que patrocinó la reproducción de los cuestionarios. La reconstrucción que de tal cuestionario hemos hecho depende la propia Resolución ministerial que organizaba la E.F.N. y de las respuestas que los maestros dieron al cuestionario, ya que algunos de ellos declaran haberlo seguido al pie de la letra y sus respuestas coinciden con los grandes temas que la directiva ministerial ponía como los ejes centrales de la E.F.N.¹⁹

Aun bajo forma tan precaria –un cuestionario reconstruido por nosotros, a partir sobre todo de una fuente tan pobre como lo es una Resolución ministerial–, el examen del cuestionario de 1942 resulta muy ilustrativo tanto en relación con su contenido –el punto más sencillo de despejar–, como en relación con la orientación implícita del cuestionario, del lugar de ese dispositivo dentro de una estrategia general (la E.F.N.), y de sus supuestos, es decir, la forma como los autores del cuestionario *imaginaban la sociedad* cuyos usos y costumbres querían inventariar y analizar, y la forma como inventaban una materia tan densa como lo que se denomina “el pueblo” y en general como se piensan las condiciones de la *alteridad social*.²⁰

¹⁷ Cf. R. Silva, *República Liberal, intelectuales y cultura popular*, op.cit.

¹⁸ La información al respecto deja la impresión de que los grandes temas que se quería investigar se encontraban desde tiempo atrás en el programa educativo liberal. Como se sabe, a los responsables del programa de escuelas ambulantes y de cinematografía popular se les dio la misión de observar y llevar un diario de campo sobre los comportamientos populares y sobre las preferencias populares en materia de actividad cultural. Es interesante observar que los puntos sobre los que deberían informar no distan mucho de aquellos presentes en el cuestionario preparado para el adelanto de la EFN de 1942. Cf. “Informe de la Dirección de Extensión Cultural y Bellas Artes sobre sus labores en el primer semestre de 1941. Agosto”. [En máquina], p. 39. *Biblioteca Luis Ángel Arango, Ministerios varios*.

¹⁹ Cf. “Importante medida sobre el folklore fue tomada por el ministro de Educación Nacional. El jefe de Extensión Cultural, [Darío] Achury Valenzuela, elaboró la Resolución y la desarrollará”. *El Liberal*, 7-v-1942, p. 16, y Cf. más adelante, en apéndice: *Encuesta Folclórica Nacional. 1942. Cuestionario enviado a los maestros y directores de escuela para recolectar información sobre el folclor nacional*.

²⁰ Indicaciones precisas sobre el análisis de un cuestionario “folclórico” –el de la Academia *Celtique*, en Francia, a principios del siglo XIX– se encuentran en Mona Ozouf, “L’invention de l’ethnographie française: le questionnaire de l’Académie Celtique”. *ANNALES, E.S.C.* (36), No 2, mars-avril, 1981, pp. 210-227.

Ante todo hay que señalar que el cuestionario estaba organizado sobre la base de un conjunto de preguntas que formaban dos bloques precisos, el uno dependiente de manera directa de la tradición folclórica, y el otro conectado con cuestiones muy modernas, como las que hoy en día investigan las ciencias sociales -aunque las orientaciones que diferencian esos bloques se vuelven a confundir en algunas de las preguntas propuestas a los maestros, lo que daba lugar a una verdadera innovación por relación con las tradiciones folclóricas más corrientes y de alguna manera indicaba la propia relación de fuerzas entre los defensores de la investigación folclórica y quienes se interesaban ya por una forma de plantear los problemas de la “cultura popular” que en buena medida superaba una vieja herencia y mostraba el avance del proceso de constitución de las ciencias sociales en el país, una situación muy interesante que se ve comprobada por el hecho de que el bloque más moderno de las preguntas supera en número al viejo núcleo folclórico habitual, pues mientras *nueve* ítems se refieren a condiciones socio económicas e intelectuales pensadas bajo una forma que no se diferencia de la que hoy usaríamos, el otro bloque, el propiamente folclórico, se reduce a cinco ítems, con sus respectivas preguntas.²¹

Nada de esto quiere decir que los maestros-etnógrafos hubieran captado la situación bajo esta relación de fuerzas. Más bien puede haber ocurrido lo contrario. No solo porque el *nacionalismo de época* y mucho del *sentido cultural espontáneo de los docentes* facilitaba el triunfo de esa orientación, sino porque el propio cuestionario terminaba propiciándola, ya que todas las preguntas estaban atravesadas por el *problema del lenguaje*, a través de la insistencia de que en todos los casos las respuestas incluyeran de la manera más fiel posible el vocabulario particular en que las gentes nombraban las realidades por las cuales se les interrogaban, lo que dio como resultado que muchas de las monografías que escribieron los maestros fueran ante todo grandes listados de vocabularios regionales y recopilaciones monótonas de refranes, trabalenguas y adivinanzas, bajo el prurito de constituir una específica singularidad cultural, aunque se trataba, como lo muestra el conjunto de monografías, de formas y fórmulas de presencia constante en muchas regiones del país y en general de Hispanoamérica.

Los bloques que constituyeron el cuestionario de la E.F.N. de 1942 fueron los siguientes. Primer bloque: elementos geográficos de la localidad o región, historia local, vivienda, muebles y objetos domésticos (incluidos los instrumentos de trabajo), vestido, alimentación, trabajo e industria, instrucción, y transporte y locomoción. Segundo bloque: brujería y adivinación, fiestas populares, poesía y adivinanzas, música y danzas, narraciones y cuentos, y habla regional. Observemos cada uno de ellos para tener una idea más precisa del cuestionario y para seguir, en la propia enunciación de las preguntas, los elementos más característicos del cuestionario propuesto a los maestros, no sin dejar de recordar que al problema del doble registro de cuestiones planteadas, se suma la doble dirección de los interrogantes, pues si bien de un lado se les pedía “enviar lo que conocieran acerca del folclor nacional”, indicando “de quién lo aprendió, en qué época, en

²¹ Esa novedad ecléctica, la combinación de aspectos folclóricos con elementos relacionados con problemas de la evolución económica y social, ya se encontraba presente en el cuestionario de la Académie Celtique, aunque por razones muy diferentes de las de la EFN de 1942. Cf. al respecto Anne-Marie Thiesse, *La création des identités nationales. Europe XVIII-XX siècle*, op. cit. Según la autora, “le questionnaire... fournit la base des enquêtes, mais on y ajoute aussi des considérations relevant plus précisément d’un souci d’encouragement au développement économique”. p. 162.

qué circunstancias, en qué lugar” -lo que lo convierte en un “informante”-; de otro lado se le ordenaba al maestro recoger “de todos los individuos del pueblo, de los niños de la escuela y de todas las demás fuentes de información que considere convenientes, las siguientes informaciones...”, lo que los transformaba de informantes en recolectores, pero al mismo tiempo ampliaba su campo de acción, ya que no solo debía observar y entrevistar, sino que debía acudir a “las demás fuentes de información que considere convenientes...”, lo que llevó a muchos maestros, como veremos renglones adelante, a una extensa consulta de fuentes de archivo, que regularmente no son consideradas en las encuestas folclóricas más clásicas.²²

Los datos geográficos solicitados son los habituales que contiene un texto escolar de geografía -lo que nos permite mencionar desde ahora que buena parte de lo que los maestros recopilaban son informaciones de libro de texto-, pero sumando la exigencia de que se hiciera uso en la narración de “los nombres lugareños” con que se designan los accidentes naturales. Los elementos de historia requeridos tenían que ver con la historia regional -“regional” es una palabra que se usa con todo descuido en la Resolución ministerial²³-, pero tienen como particularidad el que no se dirigen a la historia “real”, “efectiva”, por decirlo así, sino “a la tradición popular sobre la historia [local], aunque esta tenga errores”, es decir la referencia era a la *memoria popular* sobre las localidades, introduciendo preguntas sobre cómo se recuerda a los conquistadores y colonizadores españoles, cuáles han sido los viejos caudillos populares, y “qué dice el pueblo de los habitantes indígenas”, una pregunta que se desdobra en una de mayor amplitud, cuando se interroga en una precisa dirección étnica, al preguntar “¿Cómo está formada la población actual (mestizos, negros, blancos, indígenas, etc.)”.

Sobre este punto puede ser importante mencionar desde ahora que las preguntas de tipo “racial” no dieron lugar a respuestas que muestren ninguna forma desembozada y abierta de racismo. Por el contrario, sorprende el carácter más bien descriptivo y breve de las respuestas.²⁴ El cuestionario de 1942, pero tampoco ninguna de las declaraciones que se hicieron sobre la E.F.N. ni ninguno de los pocos intentos de análisis que se emprendieron sobre el material recolectado, profundizan en las condiciones socio-raciales del país, un “olvido” que puede interpretarse de varias formas si se trata de los años 1940, pero no exclusivamente en la línea de la pretendida “invisibilidad” forzosa en que se mantenía todo lo que no fuera blanco, mestizo y andino, como ha sido corriente sostenerlo en años recientes. Se podría decir, con atención a los giros y acentos de la documentación, que antes que *racismo*, en la E.F.N. lo que se encuentra en un buen número de *prejuicios étnicos*,

²² Cf. *El Liberal*, 7-v-1942, p. 16 -lo mismo que para todas las demás citaciones referidas a la Resolución del Ministerio de Educación Nacional sobre la EFN de 1942 y su cuestionario.

²³ La falta de toda precisión sobre esta palabra hace que en muchas de las encuestas los maestros cambien en sus informaciones de “escala de análisis”, por decir así, y a veces hablen de manera estricta acerca de su lugar de trabajo -por ejemplo una vereda-, pero en el párrafo siguiente describan -sin advertirlo- situaciones que se refieren más bien al municipio, para luego desembocar en observaciones que se refieren a la “región”, en el sentido en que la palabra se usaba a veces en el siglo XIX colombiano, como “provincia” o “distrito”, como unidad administrativa mayor, pero diferente del Estado federal o del departamento.

²⁴ Un ejemplo simple para ilustrar la idea: “Raza: La generación actual está bastante mezclada con la española, aunque en regiones como Itoco y Sorque quedan vestigios de la raza indígena y bastantes mestizos”. EFN. Boyacá -Municipio de Muzo. Vereda Minas de Muzo-. Encuesta No 8.

raciales y sobre todo de prejuicios sobre los grupos y familias de trabajadores –por ejemplo cuando se habla de la higiene, la ventilación o las innovaciones en la siembra-, prejuicios que aparecen bajo una forma más bien populista o piadosa, aunque no a la manera descarnada de un desconocimiento *absoluto* que invitara a borrar la propia existencia del prójimo a quien se describe.²⁵

Lo que sí es notorio –pero no coincide con el “racismo” en su definición estricta - es la preocupación extendida entre los maestros acerca del consumo de alcohol y los peligros que ello significaba para la “degeneración de la raza”. Como se sabe, se trata del viejo tema publicitado por políticos liberales y conservadores y por médicos higienistas en los años 1920, y que a su manera –discutible para nosotros hoy- se hacía eco de una realidad innegable: no solo el gran consumo de alcohol en medios populares, sino sobre todo el consumo de licores caseros y de fabricación en destilerías clandestinas, que constituían un problema para la salud pública y de paso para las rentas nacionales y departamentales. Por lo demás la constante aparición de este tema muestra las formas extendidas de circulación de las discusiones de la intelectualidad superior y la manera como tales discusiones –que recorrían la prensa y los pronunciamientos de los más diversos agentes educativos- eran asimiladas por los maestros en sus localidades. Como lo señalan dos maestros de escuela urbana del municipio de Muzo, en el departamento de Boyacá:

*La principal bebida para los trabajadores es el guarapo; si se hiciera con las condiciones higiénicas que se debe, sería una gran bebida. A esto se debe agregar que no se abusara de él, pues, como lo sabemos, el licor, entre más burdo sea, más cantidad de alcohol en estado latente, como pudiéramos decir, contiene, y de ahí que nuestra raza, especialmente la boyacense esté tan degenerada, tan acabada. El chichismo, como con mucha propiedad se ha llamado, es la causa de la gran mayoría de la mortandad y de que los crímenes no se acaben, sino que cada día aumenten. El día que se haya satisfactoriamente resuelto el problema del chichismo, ese día tendremos a Colombia, y de manera preferente a Boyacá, perfectamente regenerada como una raza perfectamente dotada de valor civil y de valor moral. Esta es la causa para nuestro atraso, y aun podemos decirlo, para nuestro regeneramiento de nosotros los boyacenses. Una vez que esto se haya resuelto, habremos ganado muchísimo.*²⁶

Respecto de la vivienda el cuestionario pregunta sobre las condiciones físicas (incluyendo los materiales de construcción) y trata de recoger información acerca de las habitaciones de los más pobres, sobre todo en relación con la higiene –el viejo tópico ilustrado recuperado, ¡y con cuánta razón!, por los intelectuales de principios de siglo XX-,

²⁵ Pierre Bourdieu, comparando los “racismos” de los Estados Unidos y del Brasil supo advertir, en términos muy precisos, sobre los *efectos racistas que produce el uso descontrolado de las nociones de raza y racismo* por parte de investigadores sociales de América Latina que, colonizados por la teoría social practicada en las universidades de los Estados Unidos, no vacilan en aplicar a sus sociedades formas de representación de los problemas que impiden la comprensión de la forma singular de los procesos que quieren observar en sus sociedades. Cf. P. Bourdieu y L. Wacquant, *Las argucias de la razón imperialista* [1988]. Barcelona, Paidós, 2000.

²⁶ EFN. Boyacá. Encuesta No 14. Como lo muestran las afirmaciones de los maestros citados nada tan peligroso y tan mal utilizado como la indefinida noción de “raza” en aquellos años... ¡y hoy!

y sobre formas de medida de la extensión de las propiedades, pidiendo siempre que se ofrezcan los nombres “regionales”, una exigencia que vuelve a repetirse en el caso de los “muebles y objetos domésticos”, pregunta que incluía la información sobre instrumentos del trabajo productivo (fuera del hogar) y sobre las formas de alumbrado que de manera corriente se utilizaban.

En lo que se relaciona con la alimentación y los trajes regionales, dos ítems que comprenden preguntas similares por su forma, el cuestionario introduce las expresiones “tradicional”, “típico” y “regional”, sin mayor desglose –lo que debe haber creado alguna confusión-, e introduce elementos de diferencia entre los tiempos “sacros” y “profanos”, al hablar por ejemplo de días de fiesta (mencionando el ejemplo del calendario religioso: semana santa y navidad) y vuelve con algún énfasis sobre las situaciones de desigualdad social, algo poco común en el trabajo de los folcloristas, con preguntas como “¿el término medio de la gente humilde qué come?”.

“Trabajo e industrias”, que recuerda mucho del ideario liberal en el siglo XX sobre los cambios urgentes en las sociedades rurales del país, reúne preguntas sobre aspectos sociales y económicos del trabajo productivo, con acento en la situación de peones y de arrendatarios, nivel de salarios, trabajo infantil y femenino, industrias domésticas y artesanía, y sobre la existencia de formas cooperativas y solidarias de trabajo (la “minga”, una institución de origen indígena que pasó a las sociedades campesinas), lo mismo que interroga sobre las relaciones entre cosecha y fiesta popular.

El ítem “Instrucción”, que más exactamente quiere decir situación de la educación formal –la escuela pública-, está concebido todo en un espíritu muy moderno y, de nuevo, muy cercano a las preocupaciones liberales sobre la educación, ya que las preguntas se refieren, por fuera de toda inspiración folclórica, a la extensión social de la escuela y a los factores de deserción escolar, pero deja por fuera el tratamiento cuidadoso de algo esencial como el analfabetismo de los adultos, e introduce además ambigüedades de vocabulario, al parecer producto de la muy baja asimilación de la nueva psicología en boga, como cuando pregunta “por el grado medio de la mentalidad de los niños”, una de las preguntas que, según lo que revela el “millar de respuestas recibidas”, causó mayores dificultades a los maestros. Finalmente, en cuanto al primer bloque, “Transporte y locomoción” (“automóvil, caballos, ferrocarriles”), relaciona medios de transporte con mercados locales y vuelve sobre el problema de los vocabularios regionales en que se expresan tales realidades.

En cuanto al segundo bloque de preguntas –el núcleo propiamente folclórico- hay que señalar que, así como el primer bloque está cruzado en gran parte por la inspiración folclórica, lo mismo ocurre, de manera inversa, con el segundo, atravesado por cuestiones que repiten aquellas que son habituales entre los folcloristas, pero también por asuntos que reflejan preocupaciones más modernas (por ejemplo la existencia de médicos), o de viejos problemas enunciados bajo una forma diferente a la habitual en los folcloristas. Así sucede por ejemplo con el ítem “Brujería y adivinación”, que comenzaba preguntando por la existencia de un médico en la población –lo que de entrada producía un sesgo en las informaciones sobre el punto siguiente: la existencia de curanderos- e inquiere también

sobre adivinos y sistemas de adivinación, lo mismo que, como era tradicional, pregunta por “agüeros” y supersticiones.²⁷

“Fiestas populares”, ítem cuyas preguntas combinan la visión histórica con el presente de tales eventos, interroga por fiestas civiles y religiosas, “antiguas y modernas”, y sus formas de celebración; y pregunta por toda clase de juegos, tanto infantiles como de adultos, aunque no menciona distinciones en torno a lo que hoy se denomina el “género”, lo que no evitó por fortuna que muchos de los maestros en sus repuestas introdujeran la distinción; mientras que “Poesía y adivinanzas” solicitaba “transcribir con la más absoluta fidelidad y explicándolas minuciosamente” las más conocidas adivinanzas, y pedía que la poesía recopilada fuera aquella “que vive en la memoria del pueblo”, copiándola “sin modificar ningún detalle de ritmo, de métrica ni de pronunciación”, a lo que se sumaba preguntas sobre la canción popular, los diversos tipos de coplas, las clases de serenatas y el carácter recitado o cantado de los “romances populares”.

“Música y danza” preguntaba sobre lo que se cultivaba con mayor frecuencia en estos campos, pero introduce preguntas sobre el radio y el fonógrafo, lo que era de interés directo de los liberales, sobre todo por su defensa del uso de los medios modernos de comunicación en el proceso de difusión cultural y por la importancia que otorgaba a la existencia de coros populares, de bandas y orquestas, de “orfeones”, que fueron prácticas que impulsaron en las regiones tanto los intelectuales aliados del programa educativo, como las autoridades educativas y la Sección de Bellas Artes del Ministerio de Educación, cuya dirección estuvo por largos años en manos de Gustavo Santos -un hermano del presidente Eduardo Santos-, y quien fuera uno de los líderes más notables y controvertidos del programa cultural de los liberales.

No faltaba desde luego la pregunta por el carácter “alegre o triste de la música popular” –lo que se traducía también en el uso de la pareja “música lenta-música rápida”-, ya que liberales y conservadores habían discutido desde principios del siglo sobre el supuesto “carácter melancólico de la raza indígena”, un verdadero tópico de la más ingenua pero peligrosa antropología silvestre, con la que se intentó caracterizar la situación social y moral de las clases subalternas urbanas y rurales del país²⁸, pero un tópico que recuerda también el avance que las músicas de otras regiones del país, diferentes de las del mundo andino, habían logrado en los últimos años, en buena medida ante el escándalo de muchos de los intelectuales de la época que veían en ese avance la “africanización” del país y un peligro para el “espíritu nacional”, tal como este se concretaba en el bambuco y el pasillo,

²⁷ Como lo han advertido numerosos antropólogos, nada tan poco productivo como las preguntas acerca de la “brujería”, cuando son realizadas por maestros, no solo porque las comunidades están muy poco interesadas en revelar este tipo de prácticas a quienes son por definición los agentes de su crítica, sino porque los propios maestros tienden de manera espontánea a negar su existencia y a considerar el fenómeno, cuando lo admiten, como cosa del pasado, sobre todo en las ocasiones en que quieren dar una imagen “digna y elevada” de sus localidades. Cf. al respecto, Jeanne Favret-Saada, *Les mots, la mort, les sorts*, op. cit., p. 377.

²⁸ La discusión a principios del siglo XX en Colombia sobre la “el problema de la raza” y el futuro de la nación ha sido varias veces recordada y en parte analizada por diversos autores. Carl Langebaek, *Arqueología colombiana*, op. cit., p. 119 y ss., por ejemplo, recuerda con muy buen juicio la existencia de supuestos compartidos entre los diversos polemistas, aunque liberales y conservadores sacaran en ocasiones conclusiones diversas de un problema (mal) planteado desde el principio.

dos tipos de música que en la representación cultural del país construida desde tiempo atrás, ocupaba un lugar hegemónico, en tanto se imponía como la forma legítima y legitimada del “alma nacional”. De hecho la pregunta se especificaba pidiendo la descripción de los bailes más usuales, de los cuales se daba como ejemplo el pasillo y el bambuco, quedando las demás expresiones musicales subsumidas en un ambiguo “etc”.²⁹

“Narraciones y cuentos” pedía información “en el lenguaje del pueblo... conservando estrictamente su vocabulario”, “manteniendo con fidelidad las fórmulas” de inicio y cierre de los relatos –elementos muy distintivos de la visión de los folcloristas que sabían que tales elementos son una constante, más allá de las variaciones siempre presentes en los relatos- y daba como ejemplos de las fábulas que deberían buscarse aquellas referidas a “leyendas de santos, ciudades encantadas, tesoros ocultos, fantasmas”, topografías encantadas y concepciones de los astros, y desembocaba de manera brusca en la siguiente pregunta: “¿Tienen mitos los habitantes de la región? ¿Cuáles son ellos y qué prácticas provocan?”, en uno de los pocos momentos en los que el cuestionario introduce sin ambigüedades la pregunta por las relaciones entre formas de representación y comportamientos prácticos, aunque es difícil precisar qué pudieron entender los maestros-etnógrafos por “mitos”, una de las nociones más difíciles de la antropología.

Finalmente, “Habla regional” –un punto que mereció mucho la atención de los maestros y dio lugar a largas listas de vocabularios-, preguntaba por los nombres particulares de una serie amplia de fenómenos –muchos de ellos ya considerados en preguntas anteriores- y presentados sin ningún orden lógico visible.

La documentación que hemos podido revisar nos impone aquí una cierta prudencia, aunque muchas cosas pueden suponerse a partir del cuestionario reconstruido, y nos impide entrar en consideraciones precisas sobre los elementos implícitos que son los supuestos mayores de la E.F.N. de 1942 y del cuestionario correspondiente, sobre todo porque tenemos muy poca información acerca del *discurso* con el cual se acompañó la presentación del cuestionario. Pero aun así, algunas consideraciones prudentes pueden hacerse.

En primer lugar, en lo que tiene que ver con el doble registro en que se presentó el cuestionario, si se atiende a los dos bloques de preguntas que lo organizan. Buena parte de las preguntas se encuentra organizada en torno a la pareja “tradicional-moderno” (¿Hay construcciones modernas? ¿Hay instrumentos de trabajo modernos? ¿Hay juegos modernos? Etc.), como si el cuestionario, y en general la encuesta, tomaran nota del carácter cambiante de la dinámica social y del hecho de que la realidad que buscaba inventariar se encontraba en pleno proceso de transformación.

En parte esta percepción de la invasión de la modernidad se hace visible en algunas preguntas en las que se siente la presencia de la visión de un pasado que se encuentra en vía de desaparición –una percepción que confirman muchas declaraciones de los intelectuales liberales más cercanos a la tradición folclórica-, aunque no puede dejar de advertirse que la

²⁹ Cf. la original exploración que de la música popular en el país hace Peter Wade en su muy valioso libro, *Music, Race and Nation. Música tropical in Colombia*. The University of Chicago Press, 2000.

mayor parte del cuestionario está concebido por dirección con el presente, como lo indica el propio tiempo en que se encuentran conjugados los verbos más usados en la redacción del cuestionario. Desde este punto de vista el cuestionario no deja la impresión de que se trata de recolectar los rastros y supervivencia de un pasado que ya no es, sino que simplemente pareciera querer registrar un conjunto de usos antiguos y modernos que se encuentra en disputa, en una sociedad que padece un proceso agudo de cambio social.³⁰

Muchas de las declaraciones de los “amigos del folklore” en los años 1930 y 1940 en Colombia dejan la impresión de lamento por un mundo que desaparece (aunque al mismo tiempo afirmen, como es característico de los folcloristas, su presencia y vitalidad). Pero de manera rotunda, absoluta, esta característica no puede predicarse de los liberales que, desde el Ministerio de Educación, impulsaron la E.F.N. en 1942, y quienes parecen no lamentar –o por lo menos no lo hacen de manera *explícita y frecuente*- la desaparición de las viejas costumbres y creencias. Más bien su idea del “folclor popular” parece colocarse en el horizonte de una sociedad cambiante y de la necesidad de que ese cambio sea acompañado de un conocimiento profundo de los medios populares, sin que se les pueda de manera directa achacar una especie de miedo profundo a los grupos populares o un balance completamente negativo y prejuiciado de la vida popular, en la que, más bien, en muchos momentos creyeron encontrar elementos básicos del proceso de reconstitución de la “identidad nacional” y un complemento sustancial de las instituciones democráticas, como en el caso del grupo reunido en torno a Darío Achury Valenzuela y la *Revista de las Indias*.³¹

Tal vez sea importante en este punto mencionar la necesidad de una mirada atenta a los matices, no para “salvar” de la crítica a los folcloristas liberales, sino más bien para mostrar las complejidades de la constitución de un campo y su proceso de diferenciación en diversas vertientes. Aquí por ejemplo habría necesidad de distinguir entre un grupo amplio de folcloristas, a los que nosotros llamamos los “amigos del folklore” y en el que se incluye a diferentes grupos de hombres de letras tanto liberales como conservadores, y un grupo más reducido de intelectuales regularmente miembros del partido liberal, en muchas ocasiones funcionarios del “aparato cultural” de la República Liberal, y bajo cuya directa responsabilidad se imaginó y llevó a la práctica la E.F.N. A esto hay que sumar, en el

³⁰ Desde luego que dentro del conjunto de los folcloristas –un grupo mucho más amplio que el que de manera directa produjo la EFN-, la idea de inventariar y clasificar de manera urgente un patrimonio en vía de desaparición se puede comprobar. Así por ejemplo, J. A. León Rey, quien habla de los cambios sociales como la gran conspiración “contra lo tradicional y lo autóctono” y el cultivo del folclor como una manera de mantener firmes las formas tradicionales de vida. Cf. José Antonio León Rey, *Espíritu de mi Oriente. Cancionero popular recogido, anotado y clasificado por J.A.L.R.* Bogotá, Imprenta Nacional, 1951 –pero el texto es de 1939. Oriente se refiere al oriente de Cundinamarca.

³¹ Una observación del periódico *El Tiempo*, 9-v-1942, p. 5, cuando se lanzó la iniciativa de EFN, señala de alguna manera las complejidades de la asimilación por parte de los liberales de la experiencia de investigación sobre el folclor. Luego de recordar los intentos olvidados de recolección de materiales folclóricos por parte de los escritores del siglo XIX colombiano, señala: “La vuelta a lo autóctono no solo es una fuente inspiradora para el arte y la sabiduría. Es una afirmación de la conciencia nacional y su estudio amplio y sensible una aportación a la cultura universal”. Por su parte la *Revista de las Indias*, junio 1943, No 54, pp.453-454, una vez terminada la fase de recolección del material, señalaba: “A través de este panorama del folclor puede apreciarse con lineamientos definidos y con caracteres propios, la personalidad concreta de cada una de nuestras regiones geográficas, de cada uno de nuestros grupos humanos”.

campo propiamente de las disciplinas, el proceso simultáneo de unión y de separación entre los investigadores que marchan de manera resuelta hacia la creación de la moderna investigación antropológica y arqueológica en Colombia, y los aficionados al folklore, en general gentes prácticas, con escasa o ninguna formación especializada. En realidad lo que no debe perderse de vista es que las líneas de separación son tenues y que en muchos de los interesados en el “folclor” en los años 1940 se puede observar la presencia de elementos que los separan, pero también que los unifican (como se pone de presente en el caso de la referencia a “el alma nacional”, que pronto se transforma en los antropólogos, bajo el peso de la noción de “personalidad social básica”, en la idea del “hombre colombiano”, aunque no se seguro que de manera inmediata el contenido se hubiera modificado).

Por su parte en los artistas y en los hombres de letras, a su manera también presos en la idea del “alma nacional”, la investigación folclórica pareció por momentos abrirles el campo a la solución de uno de los problemas sobre los que más agudamente discutían por lo menos desde principios del siglo XX. El problema de la relación entre origen nacional y cosmopolitismo, ya que los materiales folclóricos –pensaban- sometidos a elaboración estética, podrían ser un elemento de formación de un arte nacional por su contenido, aunque universal por su forma. Como lo indicó en su momento la *Revista de las Indias*, refiriéndose a los materiales recolectados por los maestros en la E.F.N.,

*Las fábulas, los decires, las coplas, los refranes, los viejos romances, los balbuceos musicales, las leyendas y cuentos de viejas, que ahora serán compilados y ordenados, formarán un vasto arsenal de temas para uso de los artistas y revelarán toda la riqueza espiritual latente en las entrañas del pueblo colombiano.*³²

Hay que señalar finalmente en este punto, que el cuestionario de 1942 no deja traslucir ninguna concepción extrema de *alteridad*, ninguna idea de que la sociedad colombiana guardara dentro de sí una especie de “otredad” que constituyera un desafío a la propia “razón occidental” o una forma extrema de diversidad cultural que exigiera un proceso radical de *aculturación* en normas y valores que fueran la contraparte extrema de lo que albergaba social y culturalmente un “pueblo” al que habría que someter a través de métodos de re-educación violentos. Seguramente el gran supuesto nunca mencionado del cuestionario de 1942 y del conjunto de la E.F.N. sea la discusión, esa sí extrema y apocalíptica, sobre todo en su versión conservadora, en torno al “problema de la raza” y el destino de la nación colombiana, sostenida en los años 1920 y 1930 por los principales intelectuales colombianos. Pero si ello es así, entonces ese contenido se encuentra *racionalizado y estilizado*, hasta el punto de que resulta difícil reconocerlo sin hacer violencia a los textos, y encontrarlo en la inmediatez del cuestionario de 1942 puede ser un gesto retórico excesivo que no presta gran atención a lo que efectivamente dicen los documentos en que se puede leer esta experiencia histórica original.³³

³² *Revista de las Indias*, mayo 1942, No 41, p. 415.

³³ Desde luego que se pueden dar ejemplos extremos de usos conservadores y racistas de la investigación folclórica, pero no corresponden a los que se hicieron a partir del grupo de intelectuales que se encuentra detrás de la EFN. Presentemos un ejemplo. Hablando sobre el folclor musical de Colombia, un comentarista señalaba, después de hacer el elogio conocido de las maravillas de los “aires andinos”, que la danza en Cuba había degenerado en “el antipático danzón”, que ya se escuchaba y bailaba en Colombia, y que no era más que “música de negros”. El autor encontraba la cumbia como “rústica”, pero su escándalo llegaba al máximo

Pueden en cambio sí plantearse de manera tentativa preguntas acerca de las razones de la ausencia en el cuestionario de 1942 de ciertos puntos precisos que son, o bien distintivos del desarrollo histórico nacional, o bien elementos constitutivos esenciales de la vida de las sociedades, puntos a los que, por lo demás, muchas encuestas folclóricas, en otras partes del mundo, habían prestado atención. Aquí es necesario avanzar con más cuidado aun, pues si al historiador le cuesta trabajo hablar de aquello sobre lo cual encuentra documentación, mayor dificultad le cuesta referirse a puntos sobre los que hay necesidad de suponer o por lo menos de “inferir”, lo que siempre será, en el campo del análisis, una tarea arriesgada.

En primer lugar hay que tener en cuenta que no sabemos demasiado acerca de las condiciones de elaboración del cuestionario de la E.F.N. de 1942. En segundo lugar es posible suponer de manera razonable que sus organizadores hayan pensado en los problemas que planteaba el uso de un cuestionario extenso. Las dificultades conocidas en otros países cuando se había utilizado un cuestionario que contenía el pedido de un inventario completo de todos los aspectos de la vida social y cultural de las comunidades aldeanas, no eran desconocidas por los folcloristas locales, por lo menos si se tiene en cuenta algunas de las bibliografías que mencionan –como ya lo anotamos parecen haber conocido bien las experiencias de investigación de don Luis Hoyos de Sainz en España, quien por largos años utilizó la interminable encuesta folclórica adelantada en 1901 por el Ateneo de Madrid³⁴-, lo que puede haberlos protegido contra el prurito de exhaustividad que, por el contrario, en muchos momentos recomendó el Padre Marcelino de Castellví.

Pero aun así, hay ausencias en el cuestionario de 1942 que resultan inquietantes. Mencionemos algunas de ellas. Empecemos por las que tienen que ver con las *estructuras familiares*, sobre las que no se reclama un solo dato. Tamaño de la familia, características de los lazos de parentesco, y otras que le son consustanciales, como las que tienen que ver con el matrimonio, el amancebamiento y el bastardismo, los ciclos de vida y los ritos de pasaje (un tema por lo demás obvio para gentes que en ocasiones citan a Arnold Van Gennep) y desde luego algunos elementos relacionados con la sexualidad, son todos elementos sobre los cuales no se hace una sola consideración ni se solicita la más mínima información. Los maestros por su parte pocas observaciones (o juicios) consignaron al respecto, incluso en los casos en que se apartaron del cuestionario. Ni siquiera ofrecieron referencias al número de hijos, lo que da a entender que en la sociedad colombiana de los

grado cuando hablaba de la rumba –muy popular en los años 1940, aun en medios rurales, como lo muestra la EFN-, y solo encontraba un desastre comparable: el jazz-band. El autor declaraba que la rumba –popularizada por el radio y el fonógrafo-, era la primera tentativa de la humanidad para volver al estado de simio, condenando enseguida el bolero, el porro y todos sus derivados, como formas musicales que desalojan los aires típicos nacionales, sobre todo a través de la radio, que acaba con todo lo auténtico. Su observación le indicaba que aun en zonas alejadas de la capital, como en Nariño, tal desgracia venía sucediendo, ya que las tiendas colocaban a su entrada radios que “ametrallan a los indios a todo volumen con rumbas, porros y sonos”. Algo había que hacer al respecto y proponía comenzar por “desrumbar” a los negros. Cf. Daniel Zamudio, “El folklore musical en Colombia”, *Micro* –Medellín-, No 55 y 56, enero y febrero 1944. El texto de Zamudio se basaba en una conferencia de 1935, que decidió revivir en 1944.

³⁴ Cf. *Costumbres populares en los tres hechos más característicos de la vida: nacimiento, matrimonio y muerte (1901-1902)*. Edición crítica de la Información promovida por la Sección de Ciencias Morales y Políticas del Ateneo de Madrid. Madrid, Museo del Pueblo, 1990.

años 1940 no había ni sombra de preocupación por una natalidad elevada, aunque de manera práctica el número de hijos por “familia” fuera grande.

Consignaron sí observaciones someras que dejan traslucir de pasada el peso que en la dominación social tenían las familias, más que los individuos; las relaciones estrechas de parentesco en ciertos lugares, en los que hacen notar la presencia casi exclusiva de ciertos apellidos, y sobre todo, de sus monografías se desprende una imagen de un mundo de trabajo agrícola y ganadero en el que los hijos y las mujeres participan, tanto en tiempo de siembra, como en tiempo de cosecha. La encuesta *alude* de manera sistemática a la familia campesina como unidad de producción y de vivienda, pero se llevó los secretos mayores sobre su composición, sobre las formas de autoridad y las maneras colectivas de diversión, sobre las actitudes de padres y madres respecto de la educación, aunque uno que otro renglón de las “monografías” elaboradas por los maestros deja entrever un universo familiar de complejidad e interés.

A continuación ausencias que tienen que ver con la *política* y con el *derecho*, puntos sobre los cuales no hay una sola mención, como si se tratara de comunidades “prepolíticas”, una visión de la sociedad difícil de imaginar en personas como Germán Arciniegas y Darío Achury, ellos mismos hombres de partido, con experiencia en el gobierno, en el parlamento y con conocimiento profundo del funcionamiento de la política en las sociedades rurales. De esta manera, por fuera del cuestionario de 1942 quedaron puntos básicos como los referidos por ejemplo con las relaciones entre las comunidades campesinas y los caciques y gamonales –un punto muy conocido en particular por Darío Achury, quien había dedicado al tema una serie de viñetas-, aspectos relacionados con los partidos políticos y las formas de transmisión de patrimonios culturales familiares, y en general todo lo que tenía que ver con la vida política pueblerina y rural, tan intensa en Colombia precisamente en esa época, y que, por lo demás, había sido objeto de interrogación en muchas encuestas sobre la vida popular adelantadas por los folcloristas españoles. Nada que tuviera que ver con la vida política resultó incluido en el cuestionario de 1942, a despecho de la riqueza de informaciones que se solicitaba sobre la vida laboral y sobre las características tecnológicas de la actividad productiva. Es notable que, por el contrario, a los maestros recolectores de información y a las comunidades que ofrecieron datos para la E.F.N. de 1942, este aspecto básico no les hubiera resultado invisible, pues muchas de las características de la vida política colombiana y de las relaciones entre liberales y conservadores aparecen de manera directa en gran cantidad de las coplas que fueron recopiladas, y un tanto de soslayo en la mención de de fundadores de pueblos o de familias dominantes en una localidad.

El sectarismo de las relaciones políticas, un camino rápido a la violencia, aparece bien dibujado en muchas de las coplas “políticas” transcritas, en las que se recrea también la política electoral y las giras de políticos por los municipios. Algunos maestros parecen en sus pocas observaciones captar elementos importantes de la política en el país. Un maestro del municipio de San Jacinto en el departamento de Bolívar, por ejemplo, señala que en su localidad no existen “caudillos importantes”... “solo personas que se han limitado a odiarse unas a otras, para conseguir algún puesto en la nómina oficial”.³⁵ Pero la violencia se trasluce en otros lugares de las informaciones recopiladas por los maestros. Así por ejemplo

³⁵ EFN, Bolívar. Encuesta No 11.

en las descripciones de algunas fiestas populares, como las del primero de enero, en que se habla de “las consiguientes bebidas alcohólicas y disparos” al llegar el Año Nuevo.³⁶ Igualmente en alguna de las encuestas se informa acerca de los comportamientos de los pobladores, caracterizándolo de la siguiente manera: “No son pendencieros, pero de vez en cuando surge una que otra tragedia, en donde la sangre se derrama sin medida”.³⁷

Finalmente, ausencias relacionadas con las creencias religiosas –a las que solo se hace relación de manera implícita e indirecta en las preguntas que tienen que ver con curanderos y adivinos, pero colocando las preguntas en relación no con las creencias religiosas, sino con problemas de salud y de enfermedad-; y sobre todo la ausencia de preguntas referidas al papel de la Iglesia católica en la vida comunitaria –una ausencia extraña si se tiene en cuenta lo que había sucedido sobre todo en la década de 1930, en que la jerarquía católica citadina y muchos de los párrocos en provincia se habían comprometido en una batalla frontal contra los programas liberales de reforma de la sociedad-. Por lo demás, los liberales que impulsaron la E.F.N. de 1942 sabían que se trataba de una institución de la que todo el mundo reconocía su papel como la gran reguladora histórica de las formas sociales y la fuente esencial de los principios morales en las sociedades rurales, y por lo tanto un elemento regulador de usos y costumbres y el gran administrador y controlador de la moral popular. Sin embargo la presencia de la religión y de la Iglesia católica es avasalladora en las informaciones de la E.F.N. No solo por la inclusión repetida de los párrocos como prohombres de las comunidades, sino por la mención de las características de la construcción de la iglesia parroquial como índice de civilización –casi siempre es uno de los edificios modernos-. Por lo demás, es difícil encontrar municipio o vereda sin santo patrón o santa patrona, y las fiestas religiosas siguen siendo uno de los elementos esenciales de encuentro, de regocijo y de vida comunitaria.

Es difícil que no se pueda hablar respecto de estos puntos de un problema de censura, pues se trata, en los tres casos (familia-sexualidad, política, religión-Iglesia católica), de puntos básicos en el desarrollo de la sociedad colombiana y en la conformación de la vida popular, aun en los casos en que ella intenta captarse a través de la matriz folclórica de investigación, máxime cuando puntos relacionados con un tópico tan moderno como el del desarrollo económico adquirieron un lugar visible en el cuestionario de 1942. Pero no tenemos ningún elemento que nos permita afirmar con pruebas documentales la existencia de esa censura, y mucho menos señalar las razones que la impusieron o los motivos que se alegaron. Por lo demás ninguno de los maestros-etnógrafos mencionó el hecho dentro de sus monografías, como tampoco el hecho fue señalado por los intelectuales capitalinos que conocieron el cuestionario y que se expresaron sobre la E.F.N. de 1942.³⁸

³⁶ EFN. Bolívar –municipio de Zambrano-. Encuesta No 58.

³⁷ EFN. Bolívar –municipio de Corozal, corregimiento de Los Robles-. Encuesta No. 42

³⁸ Aunque el hecho sorprende, algunas de estas informaciones que no aparecen en el cuestionario de la EFN, sí se encuentran en los cuestionarios del Padre Castellví. Cf. por ejemplo Marcelino de Castellví, “Metodología de las encuestas folklóricas...”, en [Revista] *Universidad Católica Bolivariana*, op. cit., p. 287.

UN ETNÓGRAFO IMPROVISADO

Para retomar el punto de partida de este texto y luego de considerado y discutido el cuestionario “etnográfico” de 1942, repitamos que nuestro objetivo en estas páginas es sencillamente el de describir las formas bajo las cuales los “maestros-etnógrafos” abordaron la tarea impuesta –pero en general bien recibida– por el Ministerio de Educación Nacional y cuya organización y dirección quedaron en manos de la Oficina de Extensión Cultural, a cuya cabeza estaba en ese momento Darío Achury Valenzuela, y de la Sección de Cultura Popular, dirigida por Luis David Peña.

Se trata de seguir con toda paciencia las *huellas* que de la propia recolección del “material folklórico” quedaron en las encuestas enviadas a Bogotá por los maestros, no con ánimo de jueces que evalúan *a posteriori* un material recolectado en otra época y con criterios que no son hoy los nuestros, sino más bien porque tales informaciones permiten ofrecer un cuadro de las limitaciones –y en algunas casos de las virtudes– del material que se encuentra en los “cuadernos” que conforman la E.F.N. Hablando en términos puramente analógicos, diríamos que se trata de un examen similar al que realizan los historiadores cuando hablan de “análisis de fuentes”, tratando con ello de caracterizar los límites y posibilidades de los materiales en que apoyan sus análisis.

Hay que recordar en este punto que, teniendo en frente los materiales que sobrevivieron de la E.F.N., nos encontramos más cerca de la situación del historiador que de la del antropólogo o el sociólogo, por cuanto el material del que se puede partir para el análisis ha sido previamente recolectado, con criterios contruidos con objetivos diferentes de los que serían aquellos de un problema de investigación bien determinado y, en fin, recordar que se trata de un material que ha llegado a nosotros sobre la base de un cierto azar y de manera incompleta. Un caso distinto pues de aquel del sociólogo que define previamente un problema de investigación y sobre esa base determina cuáles son los instrumentos de recolección adecuados y los ítems correspondientes de cada uno de ellos. Un caso distinto también de aquel del antropólogo que, cuando sabe hacer las cosas, a su llegada a la *aldea* tiene en su cabeza bien seleccionado un *tema*, y encontrándose en ella, y luego de los primeros contactos con los informantes y las primeras jornadas de observación en terreno, fija un *problema*, al que se referirán las observaciones y entrevistas que constituirán su “estar ahí”.

Desde luego que a partir una perspectiva *ilustrada* –llevada hasta el límite– se podría pensar que hablar de etnografía y de etnógrafos para referirnos a la tarea humilde de recolección adelantada por los maestros y maestras –sobre todo rurales– podría ser un exceso o simplemente un anacronismo. No lo pensamos así. ¿Discutimos acaso la calidad de material etnográfico de buena parte de lo que fue realizado por los Cronistas de Indias? Por lo demás, no se puede olvidar que la etnografía como disciplina sabia y constituida tiene antecedentes múltiples, *previos a su verdadera constitución como campo de saber*. Pero si se encuentra objeción al uso de estas palabras tan solo habría que advertir que no por usarlas otorgamos al trabajo que adelantaron los maestros en 1942 –y menos aun al que realizaron los folcloristas en años posteriores sobre la base del material recolectado por los maestros– el título de trabajo *antropológico*. Finalmente, si se quiere, se pueden colocar multiplicadas comillas a las palabras “etnógrafo” y “etnografía”, aunque siempre nos

quedará la sensación de que el título puede ser merecido y que las comillas solo representarían una especie de exclusión de estos humildes antecesores que no operaron simplemente como recolectores, sino que, ante la falta de instrucciones precisas para adelantar el trabajo que se les pedía, debieron habilitarse a través de un inmenso esfuerzo, para cumplir con una tarea de ciencia para la que no habían recibido ninguna formación o sencillamente muy poca preparación.

Las monografías elaboradas por los maestros en el segundo semestre de 1942 y primeros meses de 1943 –“el levantamiento del folklore nacional”- convencen casi en su totalidad de que la mayor parte de los maestros procedió sin tener instrucciones precisas acerca de la tarea que deberían adelantar. El Ministerio de Educación Nacional produjo en mayo de 1942 la Resolución 542, firmada por el ministro Germán Arciniegas, que encomendaba la tarea de recolección del folclor del país a los maestros y fijaba los ítems principales del cuestionario que se debería hacer llegar a cada una de las escuelas públicas primarias del país, al tiempo que se comprometía a enviar un conjunto de instrucciones precisas acerca de cómo proceder de manera práctica en el trabajo.

La Resolución del Ministerio de Educación esbozaba algunos criterios mínimos que deberían ser puestos en práctica (“recoger lo más fielmente posible de labios del pueblo”, por ejemplo), pero su texto no debe ser confundido con las *instrucciones concretas para el trabajo de campo* que eran necesarias -las que al parecer nunca llegaron a la mayor parte de las escuelas-, lo que quiere decir que desde el principio las labores se dificultaron, pues cada maestro o cada grupo de maestros procedió según su propia inteligencia del proceso, lo que significa que la mayor parte de los maestros, que solo conoció la Resolución ministerial, hizo de la mejor forma lo que pudo, lo que mejor podía hacerse, es decir, seguir de *manera espontánea* los ítems de recolección señalados por la Resolución –de hecho las encuestas más completas y de mejor calidad fueron aquellas que se ciñeron de manera estricta a lo que indicaba la Resolución-. Así lo indica por ejemplo la maestra de la escuela de la vereda de Isabí, en el municipio de Muzo, en el departamento de Boyacá, quien escribe que,

*No he podido recoger todos los datos que quisiera enviarle, porque son muy escasos, y me limito a darle los más necesarios, siguiendo en un todo las preguntas contenidas en el formulario propuesto.*³⁹

Queda desde luego un amplio margen, que difícilmente podemos llenar, entre los ítems recomendados para la recolección, y la forma concreta como se entendieron, sobre todo si se tiene en cuenta que el contenido de la expresión “el folklore nacional” jamás se aclaró a los improvisados etnógrafos –de hecho el problema tampoco estaba claro entre los organizadores de la encuesta-, lo que llevó a que muchos de los maestros, en especial en las preguntas más directamente relacionadas con el “folclor” –tal como lo entienden los folcloristas: supervivencias típicas en vías de desaparición, costumbres y saberes que son propiedad exclusiva de los pobladores populares y que remiten al pasado-, respondieran que no encontraban nada digno de mención para ser referido, tal como lo manifiesta un maestro del municipio de Honda, en el departamento del Tolima, quien escribe que, “Es de

³⁹ Cf. EFN. Boyacá. Encuesta No 9.

anotar... que no existe en la localidad ninguna característica de costumbres o lenguaje que la haga notable entre la población colombiana”⁴⁰, con lo cual se pone de presente, además, que el maestro vivía en una población –el Puerto de Honda- con un alto grado de integración a la sociedad nacional y con fuertes corrientes de vida comercial desde la propia época colonial.

Como señalamos antes, las observaciones contenidas en la Resolución ministerial resultaban completamente insuficientes para el trabajo propuesto y las instrucciones prometidas varias veces parecen no haber llegado nunca a los maestros, como lo confirman múltiples testimonios de maestros de todo el país. Citemos por ejemplo a un maestro del municipio de Coper, en el departamento de Boyacá, quien encabeza el envío de su monografía con estas palabras:

*Tengo el honor de enviar a usted algunos datos sobre el folklor de una vereda del municipio de Coper. Hago mis descargos de que hasta el treinta y uno de agosto último el señor director y directora urbanos no nos habían puesto [sic] ni leído estas interesantes hojas venidas de ese Ministerio... Así pues salvo mi responsabilidad*⁴¹,

lo que indica que las llamadas *Instrucciones* –que no conocemos- llegaron tarde a ese municipio, como debieron llegar tarde a muchos otros, razón por la cual los maestros-etnógrafos debieron proceder sobre la base de su propia *imaginación* (o más bien diríamos de sus propias *prenociones*) y en medios sociales en los que no resultaba fácil dirigirse a otros que hubieran tenido alguna experiencia de trabajo similar, sobre todo, *aunque no solamente*, cuando se trataba de maestros rurales de lugares aislados, lo que debió operar como un estímulo más, en este caso negativo, para que sus observaciones se mezclaran con un sinnúmero de prejuicios (muchas veces raciales y siempre referidos a los grupos cuya “cultura” deberían someter a “observación”), un hecho del que podemos señalar un ejemplo rápido, volviendo a citar a un maestro del Puerto de Honda, quien a pesar de vivir en un medio urbano, de amplio desarrollo comercial y con cierto movimiento cultural –de hecho poseía escuelas y Biblioteca Aldeana y un número grande organizaciones mutuales-, no duda en afirmar, hablando del “habla regional”, que “se nota alguna influencia costeña en expresiones poco recomendables, que no pueden considerarse como regionales”.⁴²

En realidad por fuera de casos aislados en los que los maestros-encuestadores encontraron el apoyo de sus superiores escolares o de los propios inspectores de educación –como se comprueba a través de la E.F.N.-, la mayor parte de ellos procedió “por su cuenta”, es decir bajo el dominio de sus propias ideas sobre “folclor” –de todas maneras un tema muy discutido y publicitado en medios educativos y por la prensa nacional desde

⁴⁰ EFN. Tolima. Encuesta No 6.

⁴¹ EFN. Boyacá. Encuesta No 2. La observación puede ser complementada con el testimonio de un maestro del municipio de Florencia, en el Caquetá, quien escribe que “adjunto los datos que se me piden para la formación del folklor nacional, aunque no he recibido ningún dato informativo al respecto”. EFN. Caquetá. Encuesta No 3. A esto hay que sumar los casos en los que ni siquiera se pudo contar con el texto de la Resolución y los maestros fueron advertidos a través de telegramas sobre su obligación de recolectar el “folklor nacional”. Cf. EFN. Bolívar –municipio de Montería-, Encuesta No 9.

⁴² EFN. Tolima. Encuesta No 6.

finales de los años 1930- y por lo tanto bajo el dominio de sus propios prejuicios y formas de desconocimiento.

Hay que señalar sin embargo algunas excepciones notables en este punto y que tienen que ver con los maestros que encontraron la posibilidad de discutir el cuestionario que les fue presentado, o por lo menos la posibilidad de preguntar y consultar, aprovechando la existencia de los Centros Pedagógicos en los que un buen sector del magisterio se encontraba organizado y que funcionaban desde los primeros años de la década de 1930, a manera de lugar de transmisión –pero no menos de discusión- de las nuevas orientaciones pedagógicas propuestas por el liberalismo para la educación (la llamada “Escuela Nueva”, que desde luego tiene sus mayores antecedentes en la reforma educativa de los años 1920) y como el apoyo principal del proceso de cambio escolar en las regiones en que se encontraban las reacciones más visibles y a veces más violentas de los grupos más tradicionalistas –culturalmente hablando- y conservadores –en términos de afiliaciones políticas- de la sociedad.

Esos centros pedagógicos –una forma de asociación cultural de maestros hasta el presente no estudiada- fueron un lugar de discusión del cuestionario de la E.F.N., y un lugar a través del cual se concretaron muchas de las instrucciones que para su realización recibieron los maestros de parte de los funcionarios escolares, como lo hace notar de manera clara un maestro del corregimiento de Talacoa en el municipio de Magangué, en el departamento de Bolívar, quien declara que pudo adelantar su trabajo, gracias a “las instrucciones obtenidas en los centros de estudio que funcionan en el municipio...”.⁴³

Aunque la calidad del trabajo realizado por los maestros, tal como éste aparece en las encuestas que hemos podido reunir, no lo confirma en todos los casos, la forma colectiva bajo la cual en muchos casos se efectuó la “recolección del folklore” debió tal vez –pero aquí debemos hacer uso de una forma condicional y suspensiva- ayudar a que los resultados no hubieran sido quizás más decepcionantes (por lo menos para el investigador actual) de lo que en ocasiones resultan. Muchos de los maestros informan acerca de la manera coordinada y compartida como se realizó el trabajo, bien fuera por recomendación de los centros pedagógicos e inspectores de educación, bien fuera por determinación de los maestros de una localidad o una escuela, lo que debe haber significado alguna reflexión mínima sobre la materia en consideración, por lo menos en el momento de repartición de las partes del cuestionario que a cada uno correspondían. Lo señala por ejemplo un maestro del municipio de Oiba, en el departamento de Santander, cuando escribe que “Adjunto a la presente [comunicación] le envío a usted los trabajos sobre el folklore nacional elaborados por los maestros de este municipio. Dichos trabajos fueron elaborados por comisiones nombradas por el centro pedagógico de esta ciudad”.⁴⁴

⁴³ EFN. Bolívar. Encuesta No 17. Pero este caso tiene mucho de excepcional, no por la existencia de los centros pedagógicos, sino por el interés y calificación del maestro, quien además de su preparación como normalista, había participado de los cursos de formación por correspondencia del Ministerio de Educación, según él mismo lo afirma. Cf. EFN. Bolívar. Encuesta No 17.

⁴⁴ EFN. Santander. Encuesta N0 24. El departamento de Santander –junto con los de Caldas, Antioquia y Boyacá fueron pioneros en la organización de centros de estudio de la nueva pedagogía-. Pero los inspectores escolares también ofrecieron su colaboración. Una maestra del municipio de Pinchote, en Santander, escribe –lo que ratifica nuestras “intuiciones” al respecto-: “El señor Inspector de la zona... nos distribuyó el trabajo

En todo caso, muchos de los maestros intentaron, como lo manifiestan de manera repetida, hacerse eco del ideal de “objetividad” (“recoger de labios del pueblo”) que se les recomendaba para el “levantamiento del folklore nacional”, tal como exigía la Resolución del Ministerio de Educación y como parece que lo señalaban las *Instrucciones*, que en este punto seguramente siguieron muchos de los cánones de la investigación folclórica, que en cuanto a técnicas de recolección ha predicado siempre la idea de un empirismo muy cercano al del zoólogo y al del botánico.⁴⁵ El ideal, seguramente mil veces incumplido, lo pone de presente una maestra del municipio de Guapotá, en el departamento de Santander, cuando declara, respecto de su monografía, que “Todo lo escrito ha sido elaborado de acuerdo con el medio ambiente del municipio y ceñido a la más concreta realidad”, punto sobre el que más adelante volveremos con todo el detalle necesario.⁴⁶

En medio pues de una situación de casi nula preparación y planeación, pero con la mayor buena voluntad, un número que debe superar al de los mil maestros -si aceptamos la cifra de “un millar” de encuestas recibidas-, quienes al parecer desconocían todo o casi todo con respecto al trabajo de recolección de materiales folclóricos, procedió, a través del uso de un grupo amplio de técnicas, que enseguida reseñaremos de manera precisa, a “levantar el folklor” del país –aunque como hemos advertido, el cuestionario que se les propuso iba mucho más allá de la investigación folclórica tradicional, incluyendo aspectos básicos de lo que sería hoy una moderna monografía sociológica de una comunidad campesina o semi-rural.⁴⁷

Los resultados fueron desde luego supremamente desiguales, como lo comprueba la lectura de las encuestas que han sobrevivido al tiempo y al olvido. Pero el trabajo se había realizado, aunque al parecer sus resultados no sirvieron para nada distinto a la formación de un convencional Refranero Nacional –el que escribió años después el Maestro Luis Alberto Acuña-, parecido a los que antes se habían hecho y a los que siguen haciéndose hoy en día, aunque esa limitación no puede ser achacable a los maestros del país, sino a la propia naturaleza de la investigación folclórica –un inventario nominalista regularmente descontextualizado y por ello problemático para su utilización- y a la forma de organización de la propia E.F.N.⁴⁸

entre las cuatro maestras de aquí, de la siguiente manera... Dichas maestras me comisionaron para enviar sus trabajos a esa oficina, lo que con gusto cumplo”. EFN. Santander. Encuesta No 12.

⁴⁵ Cf. por ejemplo Arnold Van Gennep, *Le Folklore. Croyances et coutumes populaires francaises*. Paris, Librairie Stock, 1924, p. 32 y ss.

⁴⁶ EFN. Santander. Encuesta No 4.

⁴⁷ No se puede dejar de observar la relativa cercanía entre la EFN y la realización del trabajo de encuesta de Lynn Smith sobre el municipio de Tabio (Cundinamarca), con el que se funda la moderna sociología rural en Colombia –de su estilo e inspiración dependerá en la década siguiente lo mejor de la obra de Orlando Fals Borda, *Campesinos de los Andes*-. Cf. T. Lynn Smith, *Tabio. Estudio de la organización social rural*. Bogotá, Minerva, 1944, en donde se puede leer, p. 3: “Este volumen contiene el resultado de un estudio sociológico del municipio de Tabio... en el se ha prestado capital atención a la composición demográfica y tendencia de la población, a las relaciones del hombre con la tierra, nivel y *standart* de vida, a la estratificación y forma de la pirámide social y a las instituciones sociales esenciales”, lo que marca una diferencia radical con el espíritu mismo de la EFN de 1942.

⁴⁸ El *Refranero Colombiano* de Luis Alberto Acuña, editado por primera vez en 1947, tenía muchos antecedentes y no representa ninguna novedad, a pesar de lo que parece se esperaba de él. Cf. *Revista de las Indias*, junio 1943, No 54, p. 454, en donde se lee: El *Refranero* “no será un simple catálogo de los refranes y

Pero para los maestros del país, o por lo menos para algunos de ellos, la recolección del “folklor nacional” debió ser una experiencia cultural grande, sobre la que poco podemos decir, por la ignorancia que padecemos sobre la historia cultural e intelectual del maestro y sobre la historia de sus relaciones con la comunidad. Pero algunos testimonios de los maestros indican que la experiencia fue provechosa y que a muchos los dejó entusiasmados con la idea misma de investigar las condiciones sociales y culturales de las comunidades en las que vivían:

El presente trabajo fue acometido por mí personalmente. Hace tres años que desempeño el puesto de director de la Escuela Nacional de Varones. Durante ese tiempo he logrado aprender el vocabulario corriente, las costumbres de las gentes, sus cantos, bailes y poesías. [Lo otro] lo he logrado valiéndome de individuos más o menos letrados que me han escrito joropos y bombas.

Es natural que muchas cosas se escapan y se quedan rezagadas, pero prometo enviar, a medida que se presente material, un suplemento a cada uno de los puntos, con el fin de lograr más perfección en el trabajo... En todo caso he hecho un esfuerzo por llenar de la manera más cabal el papel que se me impuso. El hecho de haber viajado mucho me ha dado facilidad para juzgar mejor.⁴⁹

UNA ETNOGRAFÍA POR FUERA DE TODO CANON

Los ítems sobre los cuales deberían recopilar información los maestros de escuela, tal como fueron presentados de manera explícita en la Resolución del Ministerio de Educación Nacional, comprendían elementos directamente relacionados con el presente, pero también otros que ponían en juego informaciones como las que usa habitualmente un historiador, además de apelar al propio conocimiento que el maestro tuviera de las condiciones sociales y culturales de la comunidad, y para todo esto recomendaba utilizar no solo la observación, sino la propia entrevista y la consulta de documentos, cuando de éstos se pudiera disponer.

De esta manera, los maestros fueron invitados –pero también ellos tomaron la iniciativa- a hacer uso de un conjunto grande de formas de indagación que, vistas por fuera de cualquier tecnicismo y sin que nada supongamos sobre la pericia en su manejo, son las técnicas habituales de los trabajos de orientación empírica, como son los que realiza, de manera dominante, la investigación en antropología, sociología e historia.

Por fuera de la falta de entrenamiento y de la poca ortodoxia en su uso, es claro que las “técnicas” que pusieron en marcha los maestros-recolectores son las técnicas básicas que un buen practicante de las ciencias sociales debe conocer y saber administrar, cuando no confunde su disciplina con formas especulativas de razonamiento desprendidas de cualquier sustrato de observación y de examen de materiales empíricos, no importa de qué índole se trate. Como lo señalaba la propia resolución de los responsables de la organización de la E.F.N. de 1942, había que acudir al uso de un conjunto de técnicas muy

dichos más comunes, sino una obra de análisis lingüístico, literario, psicológico, de todas y cada una de las secciones del país”.

⁴⁹ EFN. Vichada. Encuesta No 1.

variadas para lograr tanto el “levantamiento del folklore nacional”, como la reconstrucción de las condiciones económicas, sociales y educativas, que eran también una parte de los objetos por los que se interrogaba en esta particular “encuesta” que en su formulación participaba, al mismo tiempo, como ya lo hemos señalado, tanto de la matriz estrictamente folclórica, en su acepción más tradicional, como de tópicos que revelaban influencias mayores de la naciente investigación social en el país, tal como se había fabricado en medios como la Escuela Normal Superior y el recién creado Instituto Etnológico Nacional, o tal como aparecía en obras que mostraban ya cierta consolidación analítica, como la *Geografía Económica de Caldas*, para dar un ejemplo entre varios que se podrían señalar.⁵⁰

Podemos indicar varios ejemplos de esa actitud empírica en la labor adelantada por los maestros, lo mismo que podemos señalar la manera como en ese trabajo se combinaban ya formas diversas de acercarse a objetos definidos por su inscripción en el mundo social. Podemos comenzar citando el caso de un maestro del corregimiento de Sitio Nuevo, perteneciente al municipio de Magangué, en el departamento de Bolívar quien hablando de las formas empleadas en la recolección del material folclórico señala que:

*Los datos que ahora suministro los he adquirido, unos por el estudio que he hecho de la región y por el resultado constante de la observación, y otros que me han sido dados por algunos padres de familia y por otras personas de la localidad.*⁵¹

Así pues, el maestro se apoya en un saber producto de su estudio –formación institucional tal vez en una normal o por lo menos consulta de libros poseídos o que formaban parte de una biblioteca-, pero no menos se apoya en un tipo de observación, que califica como “constante”, del medio circundante (la localidad en donde desempeña su función), aunque también interrogó (entrevistó diríamos hoy) a otras personas, unas de su entorno más inmediato –los padres de los niños que eran sus alumnos- y “a otras personas de la localidad” –pobladores del municipio-, diferentes de los padres de sus alumnos, aunque ignoramos los criterios que pudo haber puesto en marcha en la selección de sus informantes. Como se ve, un conjunto de formas: el texto, la observación, la entrevista, similares a las que hoy podemos en marcha en nuestros trabajos de investigación empírica.

⁵⁰ Muchos de los contemporáneos de Antonio García no vacilaron en afirmar el carácter de novedad que había en su *Geografía Económica de Caldas* -Bogotá, Contraloría General de la Nación, 1937-, que parece ser en su origen su trabajo para graduarse como abogado en la Universidad del Cauca. Cf. *Pan* [revista], octubre 1937, No 16, pp. 65-71, “La Geografía Económica de Caldas. Conceptos inéditos... sobre la tesis presentada... para optar el doctorado en la Universidad del Cauca”. El autor de la reseña escribe: “La obra de Antonio García señala en Colombia el nacimiento de un método moderno, tanto por su valor científico, como por su realismo integral e inclusive por sus modos personales de aplicar la dialéctica materialista”. p. 70 –No hay que olvidar además que Antonio García hizo algo que podríamos llamar hoy con justicia trabajo etnográfico, al recorrer, con fines investigativos, gran parte de la zona de colonización antioqueña. Así pues, la EFN se encuentra, por lo menos, entre dos extremos que la superan desde el punto de vista de la manera de acercarse a un objeto de conocimiento, La *Geografía* de Antonio García (1937) y la monografía de Lynn Smith sobre el municipio cundinamarqués de Tabio (1944).

⁵¹ EFN. Bolívar. Encuesta No 16.

El mismo esquema básico de trabajo lo encontramos descrito en el testimonio de otros maestros que informan acerca de su “trabajo de campo”. Sea ahora el caso el de una maestra de la sección de La Cruz, en el municipio de San Lorenzo, en el departamento de Nariño, quien señala que,

*La fuente de esta información es por conocimiento íntimo mío... por haber ejercido como institutora en esa escuela en los años de 1937 y 1938, y el año pasado... y con el acopio de datos de los habitantes de la región*⁵²,

si bien aquí, antes que al expediente de “los estudios que he hecho”, se acude más bien al registro de la experiencia (haber trabajado varios años en esa localidad) y a la asimilación de esa experiencia (“conocimiento íntimo mío”), aunque no menos se señale el haber interrogado a pobladores, ya no del municipio, sino de la “región”, si tomamos en sentido estricto la declaración de la maestra.⁵³

En un vocabulario de gran ingenuidad –que, sin forzar los términos, revela una cierta condición cultural subalterna-, otra maestra rural más, en este caso de la sección de Muesas, perteneciente al municipio de Aldana, en el departamento de Nariño, concluirá su informe sobre el “folklore nacional”, resumiendo las formas de recolección de información puestas en marcha y entonces escribirá que: [Todo ese trabajo ha sido realizado] “en cuanto ha estado a mi alcance y conocimiento, ya que hay cosas que se oyen, otras que las conozco y otras que he tenido que preguntar a los vecinos”⁵⁴, introduciendo una variante más: la de haber escuchado, sin dejar de lado, desde luego, lo que tiene que ver con sus propios conocimientos y con la “entrevista” (aunque deja de mencionar la observación, de todas maneras presente en la “escucha”).

En su presentación de las formas de obtención de los datos con los cuales fue compuesta la monografía del municipio de Subachoque, en el departamento de Cundinamarca, el maestro que consiguió las informaciones y redactó, narra de una manera muy apretada, casi diríamos que atropellada, esa combinación particular de testimonios que dependen de fuentes escritas –de diversos órdenes- con aquellos que son producto del “interrogatorio” a viejos habitantes (“sobrevivientes” los llama) de la localidad. El maestro dirá, para comenzar, que “copiamos a continuación los datos de las diligencias practicadas para la fundación de Subachoque como viceparroquia”, para lo cual debió consultar el archivo parroquial (un trabajo inmenso si recordamos el estado de los archivos parroquiales en el país); y en cuanto a lo relacionado con la fundación del corregimiento de El Rosal –perteneciente a Subachoque-, dirá que para ello “relatamos a continuación los datos tomados de algunos sobrevivientes de aquella época” (el siglo XIX), aunque también quiso poner en claro algunos datos de historia política de la localidad, para lo cual buscó y conversó con otros “sobrevivientes”, como “un caballero natural de esta población, testigo ocular y conocedor de algunos de los hechos ocurridos en este lugar”, quien le informó

⁵² EFN. Nariño. Encuesta No 6.

⁵³ Una declaración similar en algunos puntos es la que ofrece la maestra de la sección de Poroto en el municipio de Linares, también en el departamento de Nariño, quien escribe que: “... rindo el informe de acuerdo a los escasos datos obtenidos y a la observación de acuerdo a mi permanencia en ésta [localidad]”. EFN. Nariño. Encuesta No 7.

⁵⁴ EFN. Nariño. Encuesta No 35.

acerca de “la única batalla verificada en esta población”, que fue “la que se dio en el sitio llamado de Santa Bárbara o Campo Amalia, en el año de 1861”, para concluir a manera de resumen:

*Hasta aquí la historia, cuyos datos fueron recogidos tanto en el archivo parroquial, como a través de algunas personas que los suministraron.*⁵⁵

El Uso de las Fuentes Documentales

Algo que llama mucho la atención en esta particular “etnografía” adelantada por los maestros encargados del “levantamiento del folklore nacional”, es lo que tiene que ver con el uso de fuentes documentales, las que si bien no anularon por completo el uso de la observación, que fue el instrumento principal de recolección de informaciones, si lograron un puesto notable en el trabajo, lo que en parte debe explicarse por las *disposiciones culturales incorporadas* de sus autores, maestros de escuela, es decir, gentes de letras –más allá de cualquier valoración intelectual-, gentes relacionadas en grados diversos con la lectura y la escritura, y por tanto con el libro y el impreso. Podemos recrear algo de ese cuadro, antes de plantear de manera directa el problema de las formas de observación puestas en marcha en la E.F.N. de 1942.

En algunos casos, que no son los más frecuentes, el uso de las fuentes documentales parece haber ganado casi por completo el terreno a la observación y a la entrevista propiamente dichas. Vale la pena citar a este respecto un texto escrito por un maestro del municipio de Guaduas, en el departamento de Cundinamarca, quien parece ser un verdadero erudito en cuestiones de historia, tanto en el campo de las fuentes secundarias como en el de las fuentes de archivo, las que cita de una manera que causaría admiración de parte del más conspicuo de nuestros historiadores actuales. Escribe el maestro:

*Este trabajo, cuyos apuntes fueron cuidadosamente buscados y ordenados cronológicamente, tiene como fuentes de información las siguientes: apuntes tomados de los archivos nacionales. Historia Extensa de Henao y Arrubla. Biografía de La Pola escrita por Julio C. Gaitán. Diario del general Joaquín Acosta... publicado por su hija [Soledad Acosta de Samper]. Libro sobre José Antonio Galán escrito por un pariente suyo. El Institutor Santos Acosta, [libro] escrito en 1870. Historias muy antiguas. El periódico El Trabajo, publicado el año pasado en septiembre. Archivos de la ciudad, protocolos de la Notaría y oficinas de registro, y la tradición autorizada de los habitantes más antiguos de la ciudad.*⁵⁶

⁵⁵ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 2. Muchas de las encuestas del año 1942 revelan una especie de deseo de conocimiento histórico, bajo la forma de conocimiento de la *historia local*. Como si las poblaciones mismas – o sus voceros, los eruditos locales- exigieran el reconocimiento de una serie de eventos que no alcanzan un estatuto estable en la memoria popular –ni en la historia como disciplina-. El redactor de una de las encuestas elaboradas sobre el municipio de Tumaco, en el departamento de Nariño, luego de afirmar que “Tumaco no tiene historia”, es decir historia escrita, agrega: “Muchos pueblos de Colombia tienen derecho a que... se les haga su historia, porque tuvieron la fortuna de ser teatro de apreciables hechos que contribuyeron a la grandeza espiritual de la patria...”. Cf. EFN. Nariño. Encuesta No 28.

⁵⁶ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 8.

Desde luego que este impecable desfile de literatura secundaria y de fuentes primarias se encuentra justificado en la monografía de Guaduas, por el peso que en ella tienen los aspectos históricos, lo que es producto de algunas de las orientaciones del propio cuestionario que se propuso a los maestros, pero que no menos debe ser el producto de cierta actitud preocupada por los orígenes “nobles” de la población, pues, como sabemos, Guaduas es una pequeña ciudad de origen colonial, con un grupo grande de habitantes blancos, muy pocos mestizos, una exigua cantidad de indios, y sin población negra –por lo menos tal como se la representaban quienes fueron sus cronistas en el siglo XVIII-; pero sobre todo Guaduas fue el centro de un pequeño patriciado local que dominaba la vida urbana, y lugar de descanso de los virreyes, a finales del siglo XVIII, y por ello centro de interés de las noblezas neogranadinas, aunque puede que lo que señalamos corresponda más bien a una sobreinterpretación y que el maestro fuera sencillamente un erudito local con ganas de hacer bien su trabajo.⁵⁷

Pero no siempre los eruditos locales demostraban tanta paciencia como el maestro de Guaduas, o tenían tanta suerte en sus búsquedas. Podemos considerar el caso –que se repite en la documentación- de esfuerzos de búsqueda de fuentes fracasados en virtud de la propia desaparición de los archivos, un caso frecuente en el país –aunque no exclusivo del país-. Consideremos el caso del maestro de Fosca también en el departamento de Cundinamarca –un verdadero erudito, según lo sabemos por fuentes externas a la EFN-, y quien hace notar que las recientes generaciones de su población han ido “sucediéndose unas a otras, sin aquella propiedad que los antiguos tenían de transmitir lo que aprenden de sus mayores”⁵⁸, con lo cual nos pone de presente el hecho reconocido por todos los antropólogos, de que en el mundo moderno, en donde van cobrando cada vez más peso las formas de comunicación escrita, las formas orales de la transmisión van quedando en un lugar subordinado, así se trate de una población pequeña como Fosca, pequeña pero unida por lazos visibles con la capital del país, y por lo tanto unida a una sociedad en la que las formas escritas de la cultura intelectual cada día iban ganando más terreno, máxime si se tiene en cuenta que se trata de un periodo en el que se comprueba la extensión social de la escuela, y por lo tanto de la cultura letrada y erudita que le es consustancial (letrada en tanto acude de manera sistemática al texto. Erudita en tanto que busca sus referencias centrales de conocimiento en el mundo del texto, en la historia de las ciencias, a pesar de todas las exaltaciones pedagógicas que acompañan precisamente en esta época al sistema de enseñanza: diversión al aire libre, gimnasia, observación de la naturaleza, etc.).

Sin embargo el maestro de Fosca –como dijimos, un erudito local- pensaba que “rebuscando documentos, libros reminiscencias, periódicos, monografías y otros papeles de alguna importancia, podrían sacarse algunas conclusiones”, acerca de la evolución histórica de la localidad, aunque no deja de poner de presente la dificultad, ya que “el archivo que reposaba en el Concejo municipal ha desaparecido por causas hasta ahora ignoradas”, de lo

⁵⁷ La mayor parte de los eruditos locales que elaboró, en tanto maestros, monografías en el marco de la EFN de 1942, deja ver con facilidad cuál es su idea del análisis histórico, la que, como se puede suponer, en mucho coincide con la que fue dominante en el país en la enseñanza escolar de la historia a lo largo de los siglos XIX y gran parte del siglo XX. Un maestro de Tumaco la resume bien, seguramente copiándola de un libro: “Entendemos por historia la narración o relación cronológica de los acontecimientos que se relacionan con la vida pública y aun con la privada de las naciones y de los pueblos...”. Cf. EFN. Nariño. Encuesta No 28.

⁵⁸ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 17.

que finalmente terminaba responsabilizando a los miembros de los sucesivos concejos municipales, “quienes sin preocupación ninguna van desprendiéndose aquí y allá de papeles”, sin saber “a qué libro perteneció la hoja arrancada”.⁵⁹ La misma situación de ausencia de fuentes la encuentra en el caso del archivo parroquial, del que señala de manera sintética un hecho que se repite en muchísimas poblaciones del país y que con exactitud refleja lo que ha sido el curso de existencia de innumerables archivos provinciales y locales, que solo hasta hace muy poco tiempo ingresaron en el orden de preocupación de los historiadores profesionales y de algunos de los administradores de las políticas culturales de patrimonio:

*En el despacho parroquial tampoco figuran anales en qué basarse para llegar a un fin determinado. Había sí curiosidades notables, anotaciones hechas por párrocos inteligentes y de visión histórica, pero muchas de ellas adulteradas, cuando no recubiertas por manos torpes.*⁶⁰

Posiblemente el caso más sorprendente en lo que tiene que ver con el uso de fuentes documentales en la E.F.N. de 1942 –por fuera de la sorpresa que causa la erudición de algunos maestros- sea el de la comunidad de la sección de Chinche y Asoleados, en el municipio de Purificación, en el departamento del Tolima. Según el reporte del maestro, “el folklor de esta fracción lo aprendí por haberlo solicitado de la tradición que la comunidad... ha llevado dentro de sus papeles, por conducto de sus administradores”⁶¹, lo que indica que la comunidad estaba en posesión de una rigurosa y ordenada *memoria escrita* –lo que contradice muchas apreciaciones de aficionados a la antropología que quisieran ver separadas las formas de “memoria oral” de las comunidades indígenas y campesinas de toda forma de contaminación con la cultura escrita-, memoria, ésta última que, en otros casos, encontramos a lo largo de la E.F.N. de 1942 casi siempre ausente en comunidades en las que, por otra parte, existe ya conformada una cierta institucionalidad estatal, a pesar la reciente ocupación del territorio, como puede observarse, por ejemplo, en el caso de las encuestas correspondientes a la Intendencia del Meta, en las que en general faltan las referencias escritas y todo depende de formas orales de historia, muy útiles cuando se emplean para el análisis de periodos de tiempo cercanos para quienes son interrogados, pero de muy poca utilidad cuando se quiere enfrentar el análisis de periodos más alejados de aquellos que años que cubre la vida de quienes son interrogados.⁶²

⁵⁹ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 17.

⁶⁰ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 17. Una erudición similar en cuestiones históricas la encontramos en el maestro que elaboró y redactó la encuesta del municipio de El Colegio en el departamento de Cundinamarca quien cita la obra del padre Vicente de Oviedo sobre el Virreinato de Nueva Granada –*Cualidades y Riquezas del Nuevo Reino de Granada*- de finales del siglo XVIII, y archivos parroquiales y notariales. Cf. EFN. Cundinamarca. Encuesta No 31.

⁶¹ EFN. Tolima. Encuesta No 2.

⁶² No se encuentran en los ejemplares supervivientes y leídos por nosotros de la EFN sino muy pocos casos de aquello que Orlando Fals Borda llamó en su *Historia doble de la Costa*, “archivos de baúl”. Señalemos un ejemplo, en el corregimiento de Gallinazo, en el municipio de Lorica, en el departamento de Bolívar, en donde se habla de un informante de ochenta años, que conservaba una “memoria escrita”, sobre la base de lo que su mamá le había contado –y él había anotado- sobre la fundación y otros tópicos de su localidad. La madre había nacido en 1840 y muerto en 1885. EFN. Bolívar. Encuesta No 64.

En todo caso, la situación más corriente en relación con el cuidado de sus archivos – y nos referimos aquí a los públicos- no es la de la comunidad de Chenche y Asoleados, recién mencionada, sino más bien la que sintetiza el maestro del municipio de Muzo –una comunidad mestiza e indígena, muy cerca de la afamada zona de las esmeraldas colombianas-, quien señala que la historia oral es el único sucedáneo posible para la elaboración de una crónica histórica local, en virtud de la situación de los archivos escritos. Escuchemos:

*No se puede mandar un detalle, pero ni siquiera mediano de las fiestas que celebraron los antiguos, nuestros antepasados, por la sencilla razón de que no hay propiamente archivo en ninguna parte. El tiempo, y por consiguiente la plaga, se han encargado de destruir toda clase de papeles y documentos referentes a la historia y a las costumbres de este pueblo, y de ahí que en este punto seamos muy parcos y nos contentemos con referir lo poco que hemos recogido de los labios que nos han parecido más autorizados.*⁶³

Observación Y Entrevista

Como ya tuvimos oportunidad de indicarlo, a pesar de un uso constante de fuentes documentales, algo que podemos denominar como “observación” y “entrevista” fueron las piezas centrales en la recolección de informaciones de la E.F.N. de 1942. A lo largo de las monografías sobrevivientes encontramos un uso abundante de marcadores lingüísticos que son prueba de esta afirmación: “me cuenta una viejecita”, “un señor refiere”, “muchas personas aseguran”, “he oído decir a los alumnos”, “referido por una alumna”, “me dice un señor del lugar”, “la gente más anciana alcanza a recordar”, “como noticia tradicional se sabe”, “nos relatan crónicas añejas”, “muchas personas aseguran”, “cuenta la tradición”, “cuentan los moradores y todos atestiguan”, “guardan en la memoria”, “por tradición se sabe”, “se tiene conocimiento”, son todas expresiones repetidas que sirven para probar la forma constante como se recurrió a lo que los vecinos de las poblaciones informaban acerca de su historia y de la vigencia de ésta o aquella costumbre, de éste o aquel uso cotidiano, y aunque las expresiones prueban mucho más sobre la manera como los maestros-etnógrafos se convirtieron a veces en historiadores de la memoria popular y en practicantes de cierta forma de “historia oral”, otras muchas de sus afirmaciones irán mostrando el lugar de la observación en el conjunto de las “técnicas” que pusieron en juego en su trabajo como recolectores del “folklore nacional”. Por ahora baste decir que en la mayoría de los casos los maestros trataron de hacer funcionar el precepto que recomendaba la transcripción más fiel posible de la materia recolectada. Es lo que indica, por ejemplo, el maestro de la vereda de Llanadas, perteneciente al municipio de Corozal, el departamento de Bolívar, quien escribe:

⁶³ EFN. Boyacá. Encuesta No 14. Los incendios parecen perseguir a los archivos municipales y parroquiales, de creer a la EFN de 1942, pues varias veces se les menciona en las monografías de los maestros. Presentemos un ejemplo más. Uno de los maestros del municipio de Coper, en el departamento de Boyacá, escribe: “Como hace años fue incendiado el archivo municipal, no nos fue posible sacar propiamente datos, y como este municipio cuenta con más de dos siglos, ya no existen propiamente personas que den detalles... de esto”. EFN. Boyacá. Encuesta No 2.

Esto que acabo de anotar ha sido tomado al golpe de voz de la gente del lugar, pero más particularmente de los que figuran en el analfabetismo... [y]... todos estos nombres han sido tomados... del pueblo en su propia voz⁶⁴;

pero el maestro-etnógrafo –por completo inscrito en el *canon del folclor*, pues se interesa por los analfabetos y transcribe lo que ha tomado del pueblo en su propia voz- va más allá y menciona la manera como la observación ha figurado en su trabajo, ya que, escribe,

El informe que pongo en conocimiento... ha sido diligenciado con elementos tomados de mis cuidadosas observaciones que hice para este fin, y tomando parte de él de la viva voz del pueblo, y... [de] borradores que me traían, y transcribía fielmente, como por ejemplo las décimas, cuentos, adivinanzas, etc.⁶⁵,

lo que indica el artefacto complejo que en su trabajo puso en marcha, pues combina no solo la propia recolección, sino la “observación cuidadosa” y hace uso además de las recopilaciones que otros realizan, las que transcribe fielmente, siempre dentro del criterio de preferir a los analfabetas, lo que indica seguramente a la población más vieja del lugar.

El adelanto de la tarea de observación debió suponer formas diversas de relacionarse y de mezclarse con las comunidades locales, ya que los maestros, como cualquier etnógrafo amigo de la llamada “observación participante”, debía por necesidad romper el hielo que lo separaba de la vida local, bien fuera porque el maestro hubiera llegado a la comunidad desde otra población o ciudad, en virtud de los nombramientos y traslados que se acostumbra en la magisterio, bien fuera porque una cierta distancia cultural pesaba sobre su relación con el vecindario. Y para ello toda ocasión podía ser propicia, según lo indica un maestro del municipio de Florencia, en el Caquetá, quien escribe: “Estos escasos datos los he logrado recoger de los alumnos de la escuela en distintas ocasiones: excursiones y conversaciones familiares”⁶⁶, una situación aun mejor recreada por una maestra de la vereda del Curio en el municipio de San Antonio de Tena, en el departamento de Cundinamarca, quien señala que “Los datos que a continuación envío me los ha enseñado la experiencia de seis años de trabajo en este municipio y el constante intercambio de conversación con los vecinos de la vereda”, lo que indica tanto una cierta integración de la maestra al vecindario, como el uso de su experiencia y de las formas cotidianas de comunicación puestas al servicio de la tarea que le había sido señalada.⁶⁷

⁶⁴ EFN. Bolívar. Encuesta No 2. El criterio de “fidelidad”, por lo menos como ideal, es repetido por muchísimos otros maestros y maestras. Así por ejemplo por el maestro del corregimiento Antonio Nariño en el municipio de Tumaco, en el departamento de Nariño, quien escribe: “Esta labor [la he realizado] con el mayor interés posible, procurando siempre la mejor exactitud en los datos geográficos e históricos, a fin de hacer eficiente el trabajo a que se destina”. Cf. EFN. Nariño. Encuesta No 30. El criterio de las “exacta fidelidad”, de recoger sin alteraciones de “labios del pueblo” los materiales folclóricos es, como se sabe, una regla fija de la investigación de los folcloristas. José Antonio León Rey, en su *Espíritu de mi Oriente*, op. cit., p. 14, indica que en sus recopilaciones –un grueso volumen de más de mil páginas- todo viene “de los labios del pueblo” y que todos los cantares “han sido recogidos con religiosa exactitud, conservando la pronunciación dictada y sin incurrir en alteraciones”.

⁶⁵ EFN. Bolívar. Encuesta No 2.

⁶⁶ EFN. Caquetá. Encuesta No 2.

⁶⁷ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 14.

Los maestros (¿instruidos por quién? ¿Por la simple Resolución ministerial? ¿Por un saber “folclórico cuyo origen ignoramos?”) acudieron de manera repetida al criterio de entrevistar a las personas más viejas de sus localidades, según lo informan muchas de las monografías enviadas al Ministerio de Educación Nacional. Así por ejemplo en el caso de un maestro de una vereda del municipio de Herveo en el departamento del Tolima, quien quiso sumergirse en los recuerdos de las comunidades indígenas de la región hablando con los más ancianos, quienes a través de “relatos sencillos... cuentan que sus antepasados les referían...” historias de generaciones anteriores de indígenas; una técnica de recolección que utiliza también cuando se enfrenta con un grupo más bien de blancos y mestizos, y entre los cuales recopiló diversos tipos de composiciones, acerca de las cuales señala que fueron “coleccionadas entre ancianos de setenta a ochenta años de edad... son muy antiguas, pero aun están presentes en la memoria de los aludidos”.⁶⁸

En la misma dirección parece haber trabajado un maestro de la escuela de El Arenal –vereda de Sotomayor-, en el municipio de Los Andes, en el departamento de Nariño, quien señala que todas las respuestas que ofrece al cuestionario “son conocimientos adquiridos por la observación del lugar”, pero también con el apoyo de “las tradiciones que pude recoger de parte de las personas de más edad de esta sección”.⁶⁹ El último criterio mencionado, el de entrevistar a las personas de más edad de la comunidad, es aun más refinado y desarrollado por un maestro del municipio de Arjona, en el departamento de Bolívar, quien no se contentó con conversar con los “adultos mayores”, sino que involucró de manera espontánea uno de los aspectos del método comparativo en etnografía, el recurso a testimonios de gentes pertenecientes a generaciones diversas, ya que:

Conforme a la disposición emanada del Ministerio de Educación... me permito remitirle las informaciones que he podido acopiar entre los ancianos, los jóvenes y niños de esta localidad sobre su historia, usos, costumbres, trabajos y modalidades...⁷⁰.

Un hecho interesante que se expresa en muchas de las monografías elaboradas por los maestros-etnógrafos tiene que ver con la manera como a veces el criterio de viejo y analfabeta se trastoca en el de adulto que tiene la condición de “vecino principal”, un caso que permite al maestro conjugar los criterios de los folcloristas con los que imponía la propia percepción que se tenía de las jerarquías sociales de los vecindarios. Esto ocurre sobre todo cuando la voz que se transfiere a la monografía redactada es la de los fundadores o personas “distinguidas” de las localidades, lo que hace que la E.F.N., hasta donde sus informaciones permiten reconstruir la vida social y cultural de las poblaciones, tiene el mérito de ofrecer una visión más compleja que la de los folcloristas, pues incluye el testimonio de las pequeñas elites locales y llama la atención sobre los complejos sistemas de estratificación social que rompen con esa uniformidad puramente imaginaria que los folcloristas llaman la “comunidad” o el “pueblo”.⁷¹

⁶⁸ EFN. Tolima. Encuesta No 7.

⁶⁹ EFN. Nariño. Encuesta No 10.

⁷⁰ EFN. Bolívar. Encuesta No 37.

⁷¹ La maestra de la Sección de Campuerán en el municipio de Aldana, en el departamento de Nariño, informa que sus datos han sido “obtenidos por medio de la observación directa y otros recogidos de las mejores fuentes de información del lugar. Los datos relacionados con la historia son recibidos de la señora Salomé

Un maestro de la vereda de Isabí en el municipio de Muzo, en el departamento de Boyacá, por ejemplo, indica que sus informaciones provienen del “propio conocimiento que tengo de la vereda” -en donde es el director de la escuela-, y de lo que cuentan los niños, pero no menos “de los más connotados padres de familia de la vereda y aun del centro del municipio”⁷², lo que en algunos aspectos semeja lo que menciona un maestro del municipio de Honda, en el departamento del Tolima, quien creyó necesario “mencionar los nombres de los distinguidos caballeros que prestaron su valiosa colaboración suministrando los datos necesarios para contestar el interrogatorio formulado...”, quedando en el lector la impresión de que se trataba también en este caso de los “vecinos principales”, de las pequeñas elites locales que mantenían al maestro enredado en sus redes de poder e influencia.⁷³

Señalemos, para concluir con este punto, que los maestros, bajo la suma de una serie de criterios eclécticos, realizaron mal que bien su trabajo -un trabajo etnográfico complejo- para el que nadie los había preparado, y en ocasiones ofrecieron en sus monografías visiones variadas, matizadas, coloridas, de sus comunidades, con atención a gentes de posiciones sociales diversas, pero al parecer manteniendo como núcleo lo que ellos interpretaron como lo más distintivo de la vida popular, tanto por los temas que exploraron, como por las situaciones que intentaron observar y por los personajes con quienes trataron de conversar. Si a veces se desplazan de los “labios del pueblo” hacia los de los personajes prominentes y principales de sus comunidades, ello simplemente expresa la relación de fuerzas en que se encontraban y su percepción de que la importancia social iba de la mano con la “sabiduría” y con la preponderancia cultural, pero en buena parte de las ocasiones manteniendo la mirada y la atención sobre lo que ellos mismos interpretaron como el “pueblo”, un pueblo que al lado de los folcloristas también contribuyeron a inventar. A su manera lo indica una maestra de Guaduas -una monja- en el departamento de Cundinamarca, cuando escribe:

*Como contribución al folklore nacional va un vocabulario no muy extenso... recogido en conversaciones con las niñas de la escuela y otras personas del pueblo. Es pues el habla puramente popular. A pesar de que se hicieron investigaciones, no pude conocer trabalenguas ni modismos propios de la región.*⁷⁴

En cuanto al contenido propiamente etnográfico del trabajo realizado, se puede señalar, siguiendo al erudito maestro de la población de Fosca, en el municipio de Cundinamarca, que se trata de una técnica de análisis muy difícil, que casi nunca -ni en

Unigarro, nieta de la fundadora de la región”. EFN. Nariño. Encuesta No 33; en tanto que un maestro del municipio de Arjona, en el departamento de Bolívar, informa acerca de los sistemas de estratificación bien definidos que existen en su población, pues: “Las canciones y refranes aquí descritos son recogidos entre la gente sencilla; otros son los cantares de la gente distinguida”. EFN. Bolívar. Encuesta No 77.

⁷² EFN. Boyacá. Encuesta No 9.

⁷³ Algunas autoridades educativas de varias localidades, con el objeto de favorecer el trabajo de los maestros-etnógrafos, acudieron al procedimiento de enviar circulares a los notables de las poblaciones, para que ayudaran al trabajo allegando “noticias”. Cf. EFN. Bolívar -San Jacinto-, Encuesta No 11: “En concordancia con la Resolución No 572 sobre el folklore se repartieron cerca de 50 circulares a las personas notables de la población, para que ayudaran a la obtención de los datos”, aunque en este caso, “a excepción de los ya citados, ninguno contribuyó al desarrollo de los temas señalados”.

⁷⁴ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 16.

1942 ni ahora- se corona con éxito, por la mirada al tiempo distanciada y múltiple que exige del observador. Así por ejemplo en el caso de la recolección de refranes y vocabularios, pues

*Es indispensable comunicarse de lleno con todas las clases sociales, desde los que viven al “pie de las campanas” de la iglesia parroquial, hasta [los que viven] en los lugares más apartados, y relacionarse con el medio ambiente y de manera continua con la mayoría de los habitantes, para dar un detalle más o menos exacto, más o menos acorde con la idiosincrasia del pueblo*⁷⁵,

para concluir luego de manera general sobre el experimento de la E.F.N., en los siguientes términos:

*Para terminar conviene hacer una última observación referente a la manera como ha sido y fue levantado el folklore en una inmensa mayoría de poblaciones. Por una parte seguramente se ha procedido con una superficialidad mal entendida puesto que no se tomó el asunto con el fondo requerido, debido tal vez, o al mismo trabajo exigido, o a la poca voluntad de llegar a la cima de la obra. Por otra parte, el espacio de tiempo fijado para la entrega de los trabajos, puesto que eran tres meses contados desde la expedición de la Resolución (5 de mayo) por parte del Ministerio de Educación [y] de esta fecha a la de la Circular de la Dirección de Educación, en la cual se limitaba todavía más ese término.*⁷⁶

⁷⁵ EFN. Cundinamarca. Encuesta No 17.

⁷⁶ Ídem.

ANEXO

ENCUESTA FOLCLÓRICA NACIONAL. 1942.

CUESTIONARIO ENVIADO A LOS MAESTROS Y DIRECTORES DE ESCUELA
PARA RECOLECTAR INFORMACIÓN SOBRE EL FOLCLOR

[El cuestionario que aquí presentamos es una reconstrucción que hacemos sobre la base de dos fuentes: la Resolución del Ministerio de Educación Nacional que organiza “el levantamiento del folklore nacional” (Cf. *El Liberal*, 7-V-1942, p. 16, columnas 1 a 4), y las respuestas ofrecidas por los maestros, quienes en muchas ocasiones copiaron las preguntas que se les formularon. En la reconstrucción del cuestionario no hemos intentado, *pues sería un anacronismo*, introducir ningún principio de pertinencia sociológica ni de corrección técnica a las preguntas formuladas. La clasificación por ítems es hecha por nosotros siguiendo la Resolución del Ministerio de Educación y expresa los núcleos temáticos que se desprenden de las respuestas. Hay que señalar que el cuestionario enviado a los maestros contenía un texto de instrucciones para orientar la recolección de los materiales e informaciones solicitadas, pero al aparecer casi ningún maestro recibió tales instrucciones, según lo dejan saber en sus respuestas. Nosotros tampoco lo hemos podido encontrar].

A. LUGAR GEOGRÁFICO.

Descripción y localización
Características del clima
Nombres de los principales accidentes naturales
Vías y caminos de tránsito

B. HISTORIA.

¿Cómo, cuándo, en qué fecha y por quiénes fue fundada la localidad?
¿Qué dice la gente acerca de los habitantes indígenas del lugar?
¿Cómo está formada la población actual? ¿Mestizos, blancos, indígenas, etc.
¿Cuáles son los personajes históricos o los caudillos populares que perduran en la memoria del pueblo?
¿Cuáles son las principales anécdotas biográficas y de la comunidad?
Generaciones anteriores.
Personajes históricos.

C. VIVIENDA.

- ¿Cuáles son los tipos de vivienda predominantes en el lugar?
- ¿Hay construcciones modernas?
- ¿Qué comodidades de higiene ofrecen las viviendas pobres?
- ¿Cuál es la división de los campos y de la propiedad?

D. MUEBLES Y OBJETOS DOMÉSTICOS.

- ¿Cuál es el nombre lugareño de los objetos domésticos?
- ¿Cuáles son los nombres de los objetos donde se guarda la ropa?
- ¿Cuáles son los nombres de los utensilios de cocina?
- ¿Cuáles son los nombres de los instrumentos de labranza?
- ¿Qué otros instrumentos se utilizan en los cultivos agrícolas?
- ¿Hay aparatos modernos?
- ¿Qué objetos se destinan para la iluminación de las viviendas y qué sustancias se emplean para el alumbrado?

E. VESTIDOS

- ¿Existe un traje regional?
- ¿Cuál es el tipo de traje que emplean todos los días?
- ¿Qué trajes se emplean en los días de fiesta?
- ¿Cuál es el nombre regional de estos?
- ¿Qué usan las mujeres y los hombres como objeto especial de lujo?
- ¿De qué materiales se hacen los vestidos?
- ¿Hay sastres y modistas en la población?

F. ALIMENTACIÓN.

- ¿Cuáles son los platos tradicionales del lugar?
- ¿Cuál o cuáles son los platos típicos de alimentación y qué productos se consideran como base de ellos?
- ¿Qué platos se preparan para las fiestas?
- ¿Cuáles son los principales productos agrícolas de la región?
- ¿Cuántas comidas se sirven al día?
- ¿El término medio de la gente humilde qué come?

G. TRABAJO E INDUSTRIAS.

- ¿Cuáles son las industrias populares de la región?
- ¿Cuáles son las industrias predominantes en la localidad?
- ¿Cuál es la jornada de trabajo?

- ¿Cuál es el jornal promedio del peón?
- ¿En qué condiciones trabajan los arrendatarios?
- ¿Trabajan los niños y las mujeres?
- ¿Las cosechas qué fiestas originan?
- ¿Qué industrias domésticas existen?
- ¿Se conoce en el lugar el procedimiento de la “minga”?

H. INSTRUCCIÓN.

- ¿Cuántos niños concurren a la escuela?
- ¿Cuántos deberían concurrir?
- ¿Cuál es la causa de la no concurrencia?
- ¿Cuál es el grado medio de la “mentalidad” del niño de la localidad?
- ¿Los niños que se matriculan en el año escolar lo terminan totalmente o hay algunos que abandonan el estudio y cuál es la causa?
- ¿Cuál es el índice de analfabetismo en la región?

I. TRANSPORTE Y LOCOMOCIÓN.

- ¿Cuáles son los medios de transporte y locomoción?
- ¿Qué nombres lugareños tienen?
- ¿Cuál es el movimiento del mercado local?

J. BRUJERÍA Y ADIVINACIÓN.

- ¿Existe médico en la población?
- ¿Existe curandero?
- ¿Cuál es la medicina popular?
- ¿Quiénes la ejercen?
- ¿Hay adivinos? ¿Quiénes? ¿Cómo ejercen su oficio?
- ¿Cuáles son los agüeros y supersticiones más conocidos en esa localidad?
- ¿Qué costumbres especiales tienen para enterrar a los adultos que mueren?
- ¿Cuáles son las costumbres en la muerte de los niños?

K. FIESTAS POPULARES.

- ¿Cuáles son las fiestas populares civiles y religiosas?
- ¿Cómo se celebran?
- ¿Existían antes?
- ¿Hay algunas tradiciones que se han perdido?
- ¿Hay fiestas modernas?
- ¿Cuáles son los juegos usuales de los adultos?
- ¿Cuáles son los juegos más populares entre los niños?

L. POESÍAS, ADIVINANZAS Y REFRANES.

- ¿Cuáles son las adivinanzas más conocidas en la localidad?
- ¿Cuáles son los refranes más populares en la localidad?
- ¿Se cuentan chistes? ¿Cuáles?

M. MÚSICA Y DANZA.

- ¿Cuáles Son las canciones más conocidas en esa localidad?
- ¿Qué otras canciones se cantan?
- ¿Cuáles son las canciones más frecuentes que se usan para distraer o dormir a los niños?
- ¿Hay recitadores?
- ¿Hay trovadores?
- ¿Cómo se dan las serenatas en esa localidad?
- ¿Los romances populares se recitan o se cantan?
- ¿Qué conjuntos musicales existen y qué instrumentos emplean?
- ¿Se escucha la radio? ¿Hay fonógrafo?
- ¿Cuáles son los “aires” (canciones) populares más usados o en uso?
- ¿Se bailan danzas extranjeras?
- ¿Cuál es el género de música que más se cultiva en esa localidad?

N. CUENTOS Y NARRACIONES.

- ¿Cuáles son las narraciones y cuentos más habituales en esa localidad? Escribalos.

Ñ. HABLA REGIONAL.

- ¿Existen trabalenguas?
- ¿Existen apodos?
- Vocabulario de la localidad: (Incluya nombres de lugares, de objetos, de plantas, de árboles frutales. De frutas, de astros, de telas, de vestidos, etc.).